

El Sr. Remigio Crespo Toral
Con un saludo de los Redactores

AMERICA

Núm. 13



Valor \$ 0.50

REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por
la cultura Hispánica

<p>NUESTRA AMÉRICA</p> <p>REVISTA MENSUAL de difusión cultural Americana.</p> <p>Director : <i>Enrique Stefanini</i></p> <p>DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Eduardo, 2521 Buenos Aires</p>	<p>Repertorio Americano</p> <p>Semanario de cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Cien- cias y Educación, Mis- celáneas y Documentos.</p> <p>Publicado por <i>J. Gardá Monge</i></p> <p>Apartado Letra X San José, Costa Rica C.A.</p>	<p>Revista de las Españas</p> <p>Órgano mensual de la <i>Unión Ibero-Americana</i></p> <p>Suscripción: América y España, un año 15 pts. Número suelto 3 id.</p> <p>Calle de Recoletos, Nº 10—Madrid</p>
<p>Revista Hispano-americana</p> <p>de Ciencias, Letras y Artes</p> <p>Director : <i>Juan B. Acebedo</i></p> <p>La correspondencia debe dirigirse a José M^º de Gamoneda</p> <p>Calle de San Agustín, Nº 7. Madrid, España</p>	<p>REVISTA ARIEL</p> <p>Quincenario de Letras, Artes, Ciencias y Misceláneas.</p> <p>Director : <i>Froylán Turcios</i></p> <p>Tegucigalpa, Honduras</p>	<p>ORTO</p> <p>Revista Quincenal Ilustrada de Literatura y Arte</p> <p>Directores: <i>Juan F. Sariol</i> <i>Angel Cañate Vivó</i></p> <p>Apartado Nº 154 Manzanillo, Cuba</p>
<p>PATRIA GRANDE</p> <p>Órgano de la Federa- ción Universitaria Hispanoamericana</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Magdalena 12 Madrid, España</p>	<p>Santalé y Bogotá</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Directores: <i>Victor E. Caro</i> y <i>Eduardo Guzmán</i> <i>Esponda</i></p> <p>Apartado Nº 541 Bogotá, Colombia</p>	<p>PERFILES</p> <p>Quincenario Ilustrado de Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades</p> <p>Director: <i>Antonio Reyes</i></p> <p>Apartado Nº 434 Caracas, Venezuela</p>

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
de Literatura, Artes y Ciencias

Dirección:

Alfredo Martínez
Guillermo Bustamante
Hernán Pallares Zaldumbide

Director Artístico:
Nicolás Delgado

Administrador:
Ezequiel Abad Guerra



Homenajes a la
distinguida revista *América*
Remigio Crespo Toral

Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisferio de Colón.

S. Bolívar

AMERICA

Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos.

J. Montalvo

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

Año 11

Quito - Ecuador, Noviembre de 1926

Nº 13

Remigio Crespo Toral

POETA NACIONAL

TRADUCCIÓN DE M. MORENO-MORA

DON REMIGIO CRESPO TORAL ha publicado recientemente un nuevo ensayo sobre un tema que le es muy grato cuando se dirige a poetas jóvenes: la nacionalización (entendámosla aquí en amplio sentido y digamos más bien la americanización) de nuestra literatura. Asunto antiguo llevado desde hace mucho tiempo a todas partes en donde se cree ver horizontes nuevos o apariencias exóticas, y ya bastante discutido entre nosotros, aunque mal definido todavía. Desde 1886, muy joven pero consciente de lo que iba a ser su obra predilecta, el señor Crespo Toral había preconizado él mismo, como necesidad íntima de verdad y como prenda de sinceridad para que al fin se nos pueda creer, el retorno al país natal, la busca de fuentes vírgenes en nuestra tierra aún inexplorada. Vuelve a tomar ahora, con la amplitud magnífica de su experiencia personal y de su vasta cultura, la exposición de las ideas que ha tornado después vivientes y activas, dándolas forma en obras capitales: *Mi Poema*, la *Leyenda de Hernán* y numerosas piezas breves pero esenciales.

INTERESANTE sin duda sería resumir esta exposición; pero, conociendo el fondo del asunto y teniendo en cuenta que los argumentos particulares del autor toman su fuerza del don vivificador del estilo, creo más pertinente decir aquí una palabra acerca del maestro cuya autoridad confiere un peso tan grande a las convicciones de sus partidarios. Su nombre no es quizá familiar al público grande; evoca en ciertos lectores bien informados el recuerdo de dos o tres libros notables, de una admirable superioridad de espíritu y de una extraordinaria pureza de lengua, libros hechos probablemente para que duren, y entrados, en efecto, de golpe en la historia literaria de América. Pero para otros no es sino el nombre de un ilustre desconocido. Diferente de tantos agentes viajeros de sus propias producciones, este gran literato ferviente y asiduo, autor de una docena de volúmenes, en prosa y en verso, de ellos no ha publicado sino tres o cuatro, cediendo a ruegos encarecidos de sus amigos; aún más, los ha publicado en Quito, en Cuenca, en condiciones singularmente contrarias a su difusión; el resto deja esparcido, sepultado en publicaciones ocasionales o en pequeñas revistas locales.

¿DESDÉN, orgullo de solitario? No. Desapego natural, negligencia pródiga e indiferente, pero también manifestación de un alma más alta que sus obras, insensible a las vanidades profesionales.

Si hubiese querido conquistar la fortuna, una publicación más apropiada y más grande de *Mi Poema* (1885) habría bastado a que desde entonces se le llame el Núñez de Arce americano, sin que la parte, mínima, superficial de imitación, excusable en una obra de estreno, hubiese podido oscurecer la revelación de un talento de igual naturaleza y de un arte tan poderoso como el del maestro que acababa entonces de conquistar el mundo hispánico con *Idilio*, *La Pesca*, *Maruja*, ensayos de poesía naturalista diestramente idealizada. El joven montañés de los Andes ya había, en ese tiempo, cantado instintivamente escenas y paisajes de su tierra, dándoles colorido con una poesía que asombraba por el solo hecho de ser natural y propia, fruto de emoción íntima, al mismo tiempo que común a todos los suyos, y de realidades inmediatas, sensibles a todos y apenas delicadamente transfiguradas: recuerdos de infancia, navidades rústicas, labores campesinas, primeras emociones. Se sintió, en seguida, en torno suyo, que un poeta había nacido, y que su poesía salía de las cosas y del alma, conjuntamente, y no de los libros, sean clásicos, sean románticos. En otras condiciones, menos aisladoras, el eco de su canto natal hubiese sido, quien sabe, llevado, multiplicado, por uno de esos impulsos unánimes que muchas veces hemos visto que atraviesan el continente, reveladores de una sensibilidad semejante, trémula y atenta, aunque sujeta todavía a amplificar apasionamientos inconsistentes. Su gloria habría fijado temprano uno de los instantes más preciosos de su inspiración espontánea, con detrimento tal vez de otros dones más sabios y viriles: su silencio fecundo ha madurado en paz, en profundidad, toda su rica naturaleza poética.

DESPLUGADO con toda libertad, su talento refleja su vida, su carácter. Es una figura mistraliana. No tengo el honor de conocerle. Un día iré, lo espero, a rendirle homenaje en su *buen retiro* (*), perdido entre dos cadenas de montañas abruptas, desde donde cubre de armonías y ennoblece de inteligencia una tierra medio inculta y, hasta su aparición, sin alma propia: símbolo que difunde la seguridad de la grandeza espiritual siempre posible aun en medio de regiones medio salvajes. Su ciudad natal, que le debe nuevo esplendor, la docta y lírica Cuenca, asilo del pensamiento estudioso y de la cultura desinteresada, le sirve de cuadro apropiado. Más de una vez le ha visto descender, inflamado de cantos tirteanos, al tumulto de la plaza pública, en donde le ha ceñido de laureles. El poeta cívico tiene en él la misma vehemencia poderosa y concentrada de los maestros, de Quintana, Núñez de Arce,—a los cuales se parece por más de un aspecto y de los más nobles, y de quienes no difiere violentamente sino por el desconfiado horror del espíritu revolucionario.— Mas se diría verdaderamente que a él no le gusta sino la perfección serena y la paz del alma. Este caballero terrateniente, poeta bucólico a la vez cristiano y clásico, romántico mismo, con una medida muy personal, revela mejor esta mezcla feliz de su naturaleza entre sus valles y aldeas, a los que ha dado como el bautismo, bañándoles de poesía cristiana no tanto idílica, de emoción católica ardiente e ingenua ante las bellezas del culto en medio de estas decoraciones grandiosas o bárbaras de las montañas andinas, haciendo de ellos, finalmente, bajo el signo de las musas sabias, una especie de reino místico y pastoral. Este es la atmósfera de *Mi Poema*, que él llama el suyo por excelencia, y es también su vida. Pero tiene otros aspectos; cuando vaya a verle le encontraré tal vez volviendo a caballo de las labores; reconoceré sin vacilación a este anciano de altivo continente castellano, robusto y bello todavía, y me agrada en seguida su viril candor y su bondad soberana. Me hablará de las bellezas de su querida región y de la vida de los campos, que él sabe ver con mirada virgiliana y reproducir con pincel aéreo. En efecto, cuantas numero-

(*) En español en el original.

sas tardes ha debido regresar por estos senderos habituales, rodeado y seguido de versos, de estrofas que revolotean, como enjambres levantados a su paso del seno de las cosas, que se hacen y se deshacen, en su espíritu musical, en ronda casi inasible. Al desmontarse en el gran patio no corre a fijar en el papel estos versos alados que le siguen por el camino crepuscular: reaparecen sin duda al día siguiente, dorados por el sol nuevo, y los encontramos ahora en sus geórgicas e idilios inmortales. Por el momento, se detiene a conversar con su gente; verdaderamente es la hora patriarcal como las hay tantas todavía allá, gracias a las antiguas costumbres españolas que perduran en los campos; pero, llegada la noche, su lámpara vigilante hará que salgan para él, del seno de los libros mágicos, los mundos muertos o lejanos, las vidas desaparecidas o soñadas: Grecia, Roma, la India, España, y los grandes siglos, y todos los mitos y todos los problemas del Destino. Porque este poeta que tiene, en cuanto poeta mismo, el gusto de la historia y la pasión de las perspectivas humanas que se abren sobre el infinito, ha leído mucho, comprendido todo y todo meditado. Del rincón perdido en un repliegue de sus montañas, se eleva, se evade y vive en lo universal. Si estrecha el círculo de sus predilecciones líricas, no es mediocridad de aspiraciones ni apego instintivo y pequeño a la sombra del campanario. Es su *invenit portum* saludable, la convicción del hombre para quien la literatura no debe ser una simple vista del espíritu, sino un lazo viviente del alma con las cosas que hacen parte de nuestro ser particular, y nos pertenecen de nacimiento, las únicas que se penetra y se ama verdaderamente. Nadie, pues, mejor que este perfecto humanista podría abrazar la cuestión desde el doble punto de vista, universal y local, en donde es necesario colocarse para asir bien todos sus aspectos y todas sus relaciones. Aquel que no conoce su región ni a sí mismo se conoce; pero el viajero eterno, que sin cesar cambia de país, no encuentra junto a sí sino su sombra. Es menester algo que nos retenga, no obstante que todo mana en nosotros como ante nosotros. Nada más amplio y más elegante, por otra parte, que esta especie de movimiento en espiral por el cual nuestro poeta, libertado, asciende al amor y a la contemplación de lo abstracto y general, y vuelve, como cautivo de un encanto, a retemplar su espíritu en la realidad más consubstancial de las cosas que no puede renunciar. ¿Y qué es lo que significa esto? A pesar de su exhortación y de sus preferencias, los diferentes géneros de poesía, universal, nacional, personal, encuentran junto a él, y en su obra misma, una justificación suficiente. Para mi gusto, en lo que le concierne, llegaría casi a poner encima de sus poemas del terruño, estas meditaciones poéticas y estos cuadros en donde la fuerza dramática de la historia, la desgracia o la pasión del genio dan a su concepción una altura a la que no limita nada de local o personal. Su *Dante*, su *Mozart*, la serie de los *Inmortales* y de los *Genios*, todas estas composiciones de síntesis crítica y poética con las que compone a su manera una Leyenda de los Siglos más llena de sucesos y marca como los jalones del destino, se vuelven a leer con interés más permanente que su poema novelesco de *Hernán*, por ejemplo, a pesar de que ha vertido con una fuerza descriptiva y lírica extraordinarias la esencia de la vida particular de su país y de su generación. Estos relatos parecen pertenecer, no obstante la excelencia de la ejecución, a una literatura de curiosidad, episódica y relativa, de orden inferior comparada al vuelo sostenido y majestuoso de su espíritu por encima de las edades.

Estos poemas, son todos ellos, la obra de un gran poeta, pero es el talento y no la materia o el tema, lo que les da su valor intrínseco.

Si el poeta cree que ha dejado pasar su hora, es sin pesar. Cuando esto sucediera, *multa renascentur*... Además, bajo su cabeza cana el corazón lírico zumba aún como en el tiempo de su juventud y sus versos cantan siempre con la misma pureza de acento, la constante inconstancia de las estaciones.

Gonzalo Zaldumbide

Poemas de Medardo Ángel Silva



A UNA TRISTE

A San María de la Consolación

Al vago son de las celestes lirras
del viento que divaga en la arboleda
cuestas, y no se sabe si suspiras
o si es el ruiseñor quien te remeda.

Tus negros ojos de mirar doliente
no sé en qué cuadro de Rosetti he visto,
y me recuerdan inconscientemente
los ojos melancólicos de Cristo.

Amo por dolorosa tu belleza:
tu dulce far de virgen mártir viene
coronada de mística tristeza.

Y vale más que todo lo que existe
tu romántico suspiro, que tiene
la suprema elegancia de lo triste.

EL RETORNO

Y vuelves—brisa, nube, flor y trino—
para mi corazón, que nada espero,
y mis rotos palacios de quimera
sepultos en la arena del camino.

El dulzor de la extinta primavera
guarda mi corazón—vaso divino—
como el rosado caracol marino
guarda el eco del mar en la ribera.

¡Oh, abril celeste, con el alma buena,
clara y sencilla, como la azucena,
como la estrella inaccesible y pura,

cuyo recuerdo mágico persiste
en un renacimiento de ternura,
al resplandor de tu mirada triste!

DIALOGO

Abril cantó en mi oído con sus rosas y brisas,
con fresca boca ríen las rosadas auroras,
la primavera esparce su guirnalda de risas;
(por qué obstinadamente melancólico, lloras?)

Cipris ofrece el vino de sus purpúreas viñas,
Leda y el Cisne ensayan el dulce simulacro,
y sea rubias maouzanas los seos de las niñas
en cuyos labios tiernos palpita el himno sacro.

¡Bien sé—dije— cuánto dura la primavera
comparable a la vida de la pompa ligera
de tules erizados que desvanece el viento!

Yo esperaré a la esposa que no falta a la cita,
en cuyos labios mora la verdad infinita
que rebusca mi espíritu de eternidad sediento.

PHILOSOPHIA

Al borde de la vida sentémonos, ¡oh, Mía!,
y miremos correr las horas pasajeras;
¡dulce es el sol fugaz! bendigamos el día
y confiemos en El que hizo las primaveras.

Comamos nuestro pan, belamos nuestro vino
y reciba el Señor nuestra diaria alabanza:
podrá ser duro el golpe del adverso Destino;
pero quédan las alas: ¡nos queda la esperanza!

Dejemos el camino a los que tienen prisa;
a nosotros nos basta un beso, una sonrisa...
El tesoro mental pródigamente damos

y no guardamos nada porque nada tenemos,
y menos nos inquieta el saber donde vamos
pues el Amor nos dice que juntos marcharemos...

TAL HA DE SER MI VIDA

Como esos monjes pálidos de q' hablan las leyendas,
espectros de las negras crujeas conventuales,
yo quiero abandonar las escabrosas sendas
en que urde el Mal sus siete laberintos fatales.

Encerraré en un claustro mi dolor exquisito
y a solas con mis sueños cultivaré mis rosas;
mi alma será un espejo que copie el infinito,
más allá del humano límite de las cosas...

Tal ha de ser mi vida de paz—hasta que un día,
en la devota celda me encuentren los Hermanos,
moribundo a los pies de la Virgen María,
iteniendo tu amarillo retrato entre las manos!

SALUTACION

*A D. Remigio Crespo Toral
en su coronación*

Desde la ebúrnea torre donde, como el latido
artífice, cincelo mi verso diamantino
—miel para la famélica jauría,—
pongo mi lira acorde al melodioso coro
de los címbalos rítmicos y las trompetas de oro
que dicen tu triunfo sonoro,
Rey de la clásica Harmonía.

Yo, que rimé la música de las profanas prosas,
lírico jardinero de las sensuales rosas
en los vastos dominios del Príncipe Rubén,
te doy de mi incensario los más puros aromas,
mando laurel y mirto con mis blancas palmas
a decorar tu altiva sien.

Como una ronda griega cincelada en un vato,
roda de blancas cistifas que armonizan su peso
al mismo y dulce vago son,
suelto las mensajeras alondras de mi canto
hacia el bosque de laure, de magnolia y acanto
en que resuena in canción.

Rojos labios sonríen a tus labios, Patriarca;
el heráldico cisne su leve cuello ensarca
al arrugar la brisa del mar el verde-tul;
y avanza a la ribera del sombrío Destino
su nave, ¡oh, argonauta de un ensueño divino,
que despliegas del Arte el pabellón azul!

Tríunfalmente conduces el alado Pegaso;
tu nombre llena el cielo del Levante al Ocaso;
la eterna luz nimbe tu sien...

(Y penetra al son de cien liras sonoras
al reino donde miran las eternas auroras
Homero, Dante, Hugo y Verlaine!

ESTANCIA

En loor a Juan Ramón Jiménez

Príncipe de las arias fragantes como rosas
y el verso con fulgor de estrella vespertina,
a cuyo beso se abren las madreselvas rosas
del Jardín Interior, ebrio de luz divina;

a tu voz se despiertan yo no sé qué dulzuras,
vestidos de ignorados países de consuelo,
y desciende a la noche de las almas impuras,
una paz de campiña, de alma blanca y de cielo.

NOTA:— Las poesías que reproducimos pertenecen a un librito editado últimamente en París, bajo el amparo crítico de Gonzalo Zaldumbide. El pequeño breviarío nos recuerda el lirismo laterado del niño poeta, que un día inolvidable supo, rebelde y enloquecido de sed de eternidad, increpar trágicamente a la vida y ofrendar su alma envejecida de dolor en el seno del misterio.

—En otra sección publicamos un artículo de Da. Alejandro Andrade Coelho sobre el librito de Silva.—

Cuentos de la Heredad

LA FIESTA

II

MI CUARTO, por el lado del pequeño torrente, daba a un corredorcillo silencioso, perdido en un flanco de la casa. Para llegar a él, era preciso bordear arroteas, pasar por velados pasillos. Además, protegiéndole y aislándole del horizonte tupidas frondas de unos *cholanés* que hundían sus raíces en el lecho mismo de la quebrada. Era un delicioso refugio en donde el ánimo cansado volvía a tomar bríos bajo el sedante influjo del silencio.

Pocos amaban este lugar de la casa y casi siempre estaba desierto. Sólo yo, y acaso María del Carmen, a qu'en alguna vez hablé de su secreto encanto, gustábamos de él.

Pero para mí tenía, además, otros prestigios. El cance que bajaba desde la altura, partiendo en dos el llano, era surtidor de agua para las caseras necesidades de los indios, baño y sitio de cita para los *lougos* que andaban en acecho de las mozas.

Los declives del torrente estaban surcados por senderos que se cruzaban entre sí: cada uno conducía a una casa, por donde iban y venían sus dueños en busca de agua o de amor.

De trecho en trecho, agrestes puentecillos tendíanse por sobre la quebrada; tan angostos que, para pasarlos, había que hacer inauditas pruebas de equilibrio. En algunos, enredaderas salvajes habían trepado hasta los atravesaños y colgaban en grandes cortinajes de un verde oscuro que, en ciertas épocas, se cuajaban de innumerables flores moradas.

Desde mi corredor dominaba aquella red de senderos. Muchas veces sorprendí cuadros de rústico realismo que me hicieron pensar que estábamos separados de estos seres primitivos apenas por matices, por apariencias: en lo profundo éramos iguales: para el amor y para el dolor tenemos los mismos gestos y a todos nos dominan fatalmente.

En esta mañana, bajo el sol ecuatorial que flechaba inmisericorde y cegaote, los senderos se poblaron, se mancharon de rojo, estaban repletos de una muchedumbre que se

movía presurosa: eran los indios que venían hacia la hacienda. María del Carmen habíales notificado para la fiesta de N. Se celebraba en la hacienda todos los años, pero ahora revestía una importancia excepcional, porque se iba a sustituir con otra nueva la vieja escultura de la Virgen, ganada de polilla. La santa escultura, patrona del valle, era llevada en cortejo popular de una a otra hacienda, de uno a otro santuario. Hoy tocábale el turno a esta hacienda, en la capilla del Señor.

Se erguía la capillita no lejos del corredor de mi cuarto, al que le unía una avenida sinuosa, bordeada de árboles de muchas clases. Pobre, bajita, carcomida por el tiempo, se escondía entre las frondas abandonadas de las plantas crecidas al azar.

María del Carmen vino a esperar en el corredor a los indios que empezaban a llegar por todas partes, lentos, silenciosos, en hilera, precedidos los grupos casi siempre por el jefe de la familia. Todos nos daban el habitual «Bendito alabado» y besaban las manos de María del Carmen.

Ella los recibía maternal, sonriente, pero a veces no podía contener un gesto de repugnancia, cuando aquellas bocas terrosas y ásperas pegaban a sus manos.

La muchedumbre fue haciéndose cada vez más compacta. En torno nuestro se agruparon algunos y otros invadieron las avenidas o se sentaron, en cuclillas, bajo los árboles. Pero de ellos no se desprendía aquel rumor que exhala toda agrupación humana: permanecían callados, como absortos en graves pensamientos. Acostumbrados al silencio de sí mismos, no encontraban qué decirse. Han llegado, pensé, instintivamente, a la sabiduría del silencio; parecen saber de la inutilidad de la palabra que no dice nada, impotente para comunicar a otro la verdad de nuestro corazón o de nuestro pensamiento.

A poco llegó el Cura que debía oficiarse en la ceremonia. Algunos indios se acercaron a darle la bienvenida y a recibir ciertas órdenes. Intervino María del Carmen.

—Mire, señor Cura, he querido sustituir con otra, la vieja escultura de la capilla.



Foto Noroña.

Paisajes serranios.—El COTOPAXI (5.943 metros de altura).—ECUADOR

Después de poco debe llegar. He encargado que sea más pequeña que la antigua para que pueda caber en el altar, en el que apenas alcanzaba la otra.

En efecto, llegaron los indios portadores de la anda. Venía la Virgen reluciendo al sol su carita sonrosada. El rústico escultor, —un artista del pueblo vecino que ejercitaba su arte por pura habilidad sin haberlo estudiado nunca—, había dado un subido tono rosa. Los puñales, que se clavaban innumerables hasta las empuñaduras en el corazón sangrante, no habían logrado cambiar la jovialidad de la Virgencita que parecía venir repartiendo sonrisas. Un gran manto púrpura la cubría.

Pero en lugar de la Virgen reducida que esperábamos, apareció otra tan grande como la antigua; y atrás de la anda una pequeñita, con igual fisonomía e igual manto púrpura.

La extrañeza de María del Carmen fue grande:

—Esa no ha sido mi orden, dijo. No me ha comprendido el escultor o no ha querido obedecerme. Esta virgen, del mismo tamaño que la otra, no cabrá, seguramente, en la hornacina del altar.

—Pero atrás viene otra, repliqué.

Llegaban en ese momento hasta nosotros las sagradas esculturas. Un indio explicó:

—Cuando mandaste a trabajar esta Virgen, niña, nosotros fuimos donde el maestro a

decirle que la hiciera igual a la nuestra, como la antigua, como «Mama Virgen», como esa «Mama Virgen» que es tan milagrosa. Hemos traído también esta pequeña a que aprenda.

No pude contener una sonrisa.

El Cura, indignado, explicaba en tono de sermón y con ayuda de oscuros latines, la impiedad que implicaban semejantes palabras:

—Todas, todas son iguales. Todas tienen el mismo poder para el milagro y representan a la Madre de Dios sobre la tierra. . . .

La explicación del cura era tan ingenua como la del indio. La piedad de estos seres primitivos no acertaba a comprender que otra escultura, diferente en tamaño a la que siempre conocieron, pudiera tener la misma virtud milagrosa. No, no, la otra, la pequeña, aprenderá seguramente con el tiempo y luego de haber vivido bajo el mismo techo y escuchado las mismas plegarias. Pero sustituir la vieja Virgen con otra, no, no, eso no.

Ingenuidad deliciosa. Sin embargo, yo no vi diferencia con la de otros creyentes, con la de todos los creyentes. Recordé que la fe de muchos estaba ligada a tal o cual santo que, según ellos, intervenía mejor en el Cielo para que nos concediera lo que deseáramos ardientemente: esposos, las doncellas; riqueza, los pobres; alegría, los tristes; y los indios, esta gleba humilde,

inclinada a la tierra por arrancarle sus jugos de vida, que sea próspera, que dé en abundancia....

La ceremonia iba a comenzar. El Cura entró en la pequeña capilla, que dió apenas cabida a unas cuantas personas. Los demás se colocaron frente a la puerta, en rebaño apretado. Muchos se protegieron del sol bajo las frondas.

Con María del Carmen fui a oír la misa desde un sitio de honor. El humo del incienso y las flores que taponaban el altar, las paredes y el cielo de la capillita, esparcían el grato aroma particular de los santuarios. Pero a poco, el rebaño humano empezó a trasudar almizcle y su pungente olor a dominar los otros. Presentí que no íbamos a soportar; que María del Carmen habría de desvanecerse o tomar un dolor de cabeza. Me acerqué a un ventanal, abrí los batientes, y con una seña propuse a María del Carmen que viniera a mi lado. El aire fresco que entró por el vano de la ventana, disipó las pesadas emanaciones, y a poco, el incienso y las flores volvieron a dominar con su olor inconfundible.

Ociosa el Cura, grave, ceremonioso, lento. Entornaba a veces los ojos y movía los labios en callada oración, en coloquio con la Divinidad presente e invisible.

Yo esperaba, impaciente, el sermón. A de fluir, me dije, su palabra sencilla y agreste como en las parábolas del Maestro a los humildes e ignorantes; ha de tener olor a tierra y flor del campo.

Pero surgió tempestuosa, iracunda, amenazante. La giba prosternada no comprendía, de seguro, la predicción de aquellos castigos por pecados que no sólo no habían cometido, sino que los ignoraban. Qué sabían de ellos! No obstante, el tono y el gesto amenazadores con que inflamaba el Cura su sermón, hacían presentir que el buen Dios estaba irritado. Y sus almas oscuras temieron por sus sembrados, por sus futuras cosechas, pues que la cólera divina, bajando de los cielos en forma de abrasadores rayos solares, habrá de secar sus tiernos trigos en flor. Y una racha de miedo, de temor, pasó abatiendo más a la triste grey prosternada.

Yo los veía sencillos, humildes, limpios de culpas. No tenían, en lo profundo, más sentimiento vivaz que el amor a la tierra y contra el blanco más odio que el que sentían cuando les atrebataba el suelo. Por lo demás, inertes bajo el destino, sabían por instinto, que en la ruta fatal no hay sino el amor y el dolor y a ellos se plegaban. Como

nosotros, en definitiva, a pesar de la inteligencia que quiere preverlo todo y comprenderlo todo y que acaso no sirve sino para complicarnos inútilmente, ¡Ignorancia de ellos que vale tanto como nuestra sabiduría!

Declinaba el Cura en su tono violento y concluyó casi tierno e indulgente. Pero su cólera y su indulgencia eran vanas, puesto que no las comprendían. Sin duda, a los ojos de esta muchedumbre, el cura era el oficiante de un culto extraño, cuyo Dios tenían vagamente, porque se les repetía que las plagas de la tierra, — la helada que seca sus sembrados y el mal desconocido que mata sus animales —, provenían de sus cóleras.

Cuando alzó el clérigo la mano para bendecir, un murmullo se propagó del recinto hacia afuera. Concluyó la misa y dispersáronse los indios por los jardines, sentándose, luego, en grupos, bajo los árboles.

El aire de fuera disipó nuestras cabezas pesadas, aligeró un poco el ánimo, cansado ya de oír la palabra conminatoria del Cura. Una leve brisa temperaba el bochorno de la hora.

De algunos grupos empezaron a venir, como opacando el radioso esplendor del sol, dispersos ecos de flautas que entonaban ya las melodías indias.

La hora no consonaba con la tristeza gris, monótona que exalaban los rústicos carrizos. Para glorificar aquel sol habría sido preciso una música jocunda, plena, especie de himno o de cantar. Pero esta inerte melodía monocorde, este quejido lastimero....

El ánimo empezó a abatirse, tocado de tristeza por la música desesperada.

— Vámonos, propuse a María del Carmen. Hasta la hora de la procesión que será en la tarde, huyamos del contacto de esta tristeza. Huyamos hasta donde no lleguen los ecos de las flautas. Esta tristeza pesa con la fatalidad de un dolor menudo, que no dejara un instante de gravitar sobre el alma. Es como si estuviéramos bajo el yugo de una faena eterna. Esta música refleja sus vidas, es cierto, pero sin poesía, sin....

En ese instante el Cura se nos unió. María del Carmen le invitó a la casa y nos perdimos por las avenidas en donde la luz se intercalaba entre las frondas, tejiendo móviles arabescos en la tierra negra.

Nos refugiamos en el gabinete de vidrios. Interceptadas las tonadas, llegaban, sin embargo, en confusos ecos lejanos.

Durante el almuerzo y las horas que siguieron habló sólo el Cura. Parecía que su

palabra no tuviera conexión con la realidad, con las cosas exteriores. Entre su mundo interior y el externo, se interponía la doctrina, a lo cual todo lo plegaba.

—Piadosa gente, decía. Desde niños, gracias a los dueños de la hacienda, han sido los pobres indios la prédica cristiana. La Virgen ha conquistado sus almas definitivamente. Quién, al oír y saber de su infinito dolor, no habrá de amarla?

Yo callaba. Es inútil hablar, me decía. Para qué? Cómo acordarnos, si vamos tan distantes?

Abstraído, indiferente a las palabras del buen padre, quise ver en mi interior en qué consistía la fe de esos seres. Y no encontré, como no había podido hacerlo en el sermón, otro principio de piedad que el temor hacia un Dios que mostraba sus cóleras agostando los sembrados y matando misteriosamente los animales.

Yo vi, en una ocasión, transfigurarse el brillo inerte de los ojos en trágico resplandor de angustia. Fue bajo el fulgor estelar, en una noche de cortante frío. Descendía de las alturas. Al pie de su sementera un indio miraba el cielo. Yo traía el alma enhiesta en un lírico fervor. Miraba en lo alto el cielo estrellado y al fondo el alma luminosa. Cuando le sorprendí, tendidos los ojos hacia arriba, como los míos, pensé que nos dominaba la misma exaltación. Arde, me dije, en él el mismo fuego del pensamiento que se exhala de nuestro ser profundo como la niebla del valle. Quisiera saber por qué mundos ilusorios se va; puesto que somos de la misma arcilla, hemos de concebir los mismos sueños, las mismas ideas; sueña acaso en la felicidad y la feja a su manera; piensa tal vez en la corriente del tiempo que nos arrastra...

No, no pensaba en

nada. En el cielo de un azul límpido, en el que las estrellas dejaban un leve reguero de luz, había descubierto los signos de la fatalidad:

—Es la helada, es la helada, dijo. Y sin explicar más, me mostró sobre la tierra una morada alfombra de flores.

—No tendremos *papas* mi amo, no tendremos.

Y así, en breves frases, más con gestos que con palabras, me delató la angustia de sentir que su destino estaba ligado a la tierra, el cual dependía, de la omnipotencia del buen Dios que ayuda o niega el fruto que nos ha de sustentar.

Pero después de todo, no es ésta la fe de todos los creyentes? Todas las religiones no ven en el determinismo de los hechos la voluntad de un dios que rige los destinos a su capricho?

El Cura anunció que había llegado la hora de la procesión.

Volvimos a salir.

Los indios, en grupos, sentados bajo los árboles y al son de la misma tonada, apuraban copas de aguardiente y licor de maíz, la *chicha*. A su influjo los ojos cobraban brillo y muchos habían iniciado ya la danza, aquella danza narcotizante en su monotonía y en su insistencia que, como la música, da la sensación de un trabajo reiterado y siempre igual. Los hombres, con las cabezas inclinadas, mirando al suelo, movían los pesados pies, sin salir de sus puestos, mientras en torno a ellos las mujeres daban y daban vueltas, en un círculo sin fin.

Desde una azotea que dominaba el paisaje circundante, me quedé con María del Carmen mirando la fiesta.

Los grupos se unieron, y en uno solo, compacto, abigarrado de colores,—rojo de los *ponchos*, azules, rosas, púrpuras de los *rebuzos*—, se dirigieron a la capilla.



Me quedé con María del Carmen mirando la fiesta.

María del Carmen me explicaba:

—Van a sacar a la Virgen sobre las andas a un paseo por los campos. Le llevarán hasta aquel llano, abrasado por el sol y allí le harán posar los pies en la tierra ardiente. Es preciso que sienta el fuego y que haga el milagro de hacer verter aguas oportunas.

La procesión salió de la capilla. Un rumor confuso de cantos llegaba hasta nosotros. El cortejo iba precedido por el Cura que leía un breviario de oraciones que la muchedumbre contestaba en coro. El canto tenía un dejo insistente de melancolía.

En la anda ambas vírgenes repartían la inagotable sonrisa. Empezaba, pues, para la pequeña el aprendizaje. Con el tiempo, como decían los indios, llegará a ser tan milagrosa como la grande, como la «Mama Virgen».

Desde el sitio en que estábamos, vimos perderse el cortejo entre las frondas, aparecer luego en algún claro y por fin hacer alto en el llano. Bajaron entonces las esculturas. Un indio viejo se llegó a quitar las zandalias de las vírgenes para enterrar los pies desnudos en la tierra enardecida. Luego se prosternó la muchedumbre y un murmullo de imploración cubrió el cielo.

En el ambiente, en el aire diáfano, flotaba una melancolía tenaz, abatiendo el ánimo.

María del Carmen, fija la mirada en la lejanía, callaba, callaba.

—Yo no sé, dijo por fin, pero una tristeza difusa, que se diría viene de todas partes, me domina.

—Es el contacto, respondióle, con tus indios sombríos. No sabríamos definir, ciertamente, en qué consiste ni de qué proviene esta tristeza especial. Has estado alguna vez en los páramos, en esas inmensas llanuras de paja bravía, cortadas por las jibas de los ventisqueros? Las nubes, movidas por ignotos vientos, empiezan a girar vertiginosas al rededor de uno. Se despedazan y se reintegran, hasta que por último, una súbita calma las inmoviliza, las suspende, y del cielo que está a la altura de la cabeza, mana una tenue lluvia impalpable que cala la tierra y los huesos, prolongándose por días y noches, y nada hay que de ella pueda protegernos. Es como la tristeza indiana.

Concluida la ceremonia, volvieron los indios a dispersarse en grupos y en toda la tarde resonó el eco de las flautas, a cuyo son siguieron danzando, con un tesón de faena.

La tristeza hizo más patética en la noche. Los senderos, iluminados por una tenue luna menguante, volvieron a poblarse por los que regresaban, y hasta el corredor de mi cuarto, en donde estábamos, llegaban las tonadas, como una racha que trajera el viento. Poco a poco fueron haciéndose más lejanas hasta perderse en un eco vago, ligerísimo, que murió por fin. Pero precisa, distinta y sola, volvió a empañar la noche diáfana, el tañer de una flauta rezagada.

Sonó inconsolable e incansable con sus notas exiguas, por un tiempo indefinido.

Hernán Pallares Zaldumbide

EL TESORO

DEBES en todas partes buscarte; a toda hora, y en la incesante búsqueda no cejar un instante. Si la noche no te habla responderá la aurora a tu alarido enorme en el cielo vibrante.

DORMIRÁS en la piedra, en la nube, en el viento, en la roca, en el agua, en la estrella, en el lodo. Asírte es lo que cuesta al supremo momento para que te descubras y te halles en todo.

RETUÉRCETE, retuércete y larga bien la sonda; puede ser que en el fondo del ignorado abismo buceando tus ojos en la tiniebla honda topes con el tesoro ¡y te encuentres tú mismo!

Agustín Castelblanco P.

EGLOGA DEL VIENTO

En la hamaca

Es el calor del día, desde el cauce,
el aliento del río,
en ondas por la vega se dilata;
y en la móvil alfombra de los trigos,
el polvo de oro esparce
para germinación de un nuevo estío...
Vendrán, con la promesa de las flores,
el follaje, la espiga y el racimo...

El viento llega, beso de perfume
con frescuras del río...
Tendidos en la hamaca cimbradora,
los dos en soledad... ¡dulce amor mío!
bien duermes la pereza de la dicha,
mientras miro el paisaje y lo infinito
que del paisaje al fondo se dilata
en las lumbres y nubes del vacío.

Sopla sobre las hojas
un invisible espíritu...
¡Es otro viento! El genio de los bosques
que llega con el ritmo
de una extraña cadencia de murmullos,—
caricias de alas, besos fugitivos,
empapados de aromas... Te despierta
ese viento. A su ritmo,
—Qué es!— exclamas, buscando mis abrazos.
—Nada! nada! amor mío!—
Es el saludo del pensil que esencias
trae a tu aliento; el campo estremecido
te envía sus albricias con el aura,
y con ella mensaje de cariño.—

Cuando cansado viene, de distante
región perdida, un soplo breve y tibio,
con olores de nardo y madreselva;
en el calor del nido,
mi alma invaden, la envuelven los recuerdos
de amor, de paz del niño.

Es el idioma del recuerdo, el viento,—
renovación de idilios;
él guarda con el alma del perfume
los edenes perdidos,
los ecos nos repite
de la canción del palomar y el nido.

Cuando agita las ramas
un invisible espíritu,
de mis puras, mis pálidas memorias,
siento frío y qué frío!...

¡Pero, basta!... Gocemos del instante
la eléctrica emoción. No rompa el hilo
do se columpia la inocente araña,
alguien, ¡el enemigo!
¡Es tan frágil la dicha,
son tan breves los cielos del sentido!
Antes que huyan las horas,—
acariciados por la brisa, en súbito
éxtasis de emoción y de ventura,
despiertos o dormidos,
sintiendo el roce de las tenues alas
del aire del recuerdo, que ha traído
aromas del jardín adolescente,
y embriagados con él, en un suspiro—
aura del corazón—demostramos al viento
el acordado ritmo
del alma—esa armonía de la vida,
para encanto de un breve paraíso ...

Vespertina

La tarde ¡cuán pálida! languideces trae
de algo indefinible, soñado o perdido.
Ráfagas sollozan temblando en las hojas,
estremecen, rizan los lagos tranquilos,
se ocultan llorando dentro de los cálices,
quéjense si rasgan los húmedos lirios;
se querellan en torno las chozas,
y en el camposanto son sus alaridos.

He aquí del día la muerte! La ausencia
del sol! sus adioses; en los altos picos
de los montes quedan —últimas caricias—
de su hermosa lumbre, besos fugitivos!

¡La tierra cuán sola! Ya de las cañadas
nieblas se levantan, que enlutan los riscos,
el viento las lleva para la mortaja
del día que ha muerto. ¡Viento compasivo,
que sobre las chozas, sobre las gavillas
y sobre las pajas vuela con gemidos!

¡La grande elegía del mundo, el postrero
adiós de las horas que van al abismo!
¡Vendrán otros días! nunca el muerto día...
¡No tiembles, no sientes, oh dulce amor mío!,
como esta ala inmensa del tiempo se lanza
hacia lo infinito!

Se estremece el viento bajo la hojarasca
y gime en las cuerdas del árbol. Cuán frío,
llega hasta tu frente, tu cabello esparce,
se agita en tus labios, sopla en tus suspiros,
y nos habla y canta misterios del mundo
y misterios de nuestro destino.

¡Qué doliente la última ráfaga del viento,
que cierra las alas como ave en el nido,
en el mudo seno de la noche inmensa,
que sobre la tierra su manto de armiño
tiende, recamado de estrellas y estrellas,
que al fondo se pierden de océano infinito.

LA Oración

VIENTO invisible, genio del mundo,
que adentro surges de los abismos,
y que amontonas sobre las cumbres
las negras masas del torbellino,
y que estremeces los vastos mares
con los estruendos del cataclismo;
¡piedad! no muevas las grandes aguas
ni el carro empujes del remolino;
no en el desierto borres la senda,
por donde tantos van peregrinos.

Juegues en flores, rices las ondas,
la rama inclines como dormido,—
como abrazando,—las pajas limpias,—
las de las chozas, las de los nidos.

Tañas la esquila de las aldeas,
cabellos robes,—los de los niños,
para ternura de las palomas
y para lecho de su cariño.

Y en la ventana de los claveles
do alguien me aguarda dentro del nido,
beses su frente, con aquel beso
que llegó un día del paraíso....

Será para esos encantamientos
en que, embriagados con dulce filtro,
horas y días pasemos juntos:
horas y días... y años y siglos....

Remigio Crespo Toral



Srta. Doña Rosa Mercedes Sevilla

TRICHEADORA EN EL CONCURSO DE BELLEZAS ORGANIZADO POR LA REVISTA «CULTURA» DE AMBATO

RIMAS GALANTES

ELOGIO

A la Señorita Doña Rosa Mercedes Sevilla, gentil triunfadora en el Concurso de Bellezas de CULTURA.

LA VOZ de cien clarines llenaron los espacios...
Y el día como rosa abrió su seno de oro;
el éter se hizo lengua de un cántico sonoro
y el sol rompió sus cofres de fúlgidos topacios;

INCOGNITOS tesoros se tornaron en rosas
en el sendero real; la música divina
de áureas liras vibraron en la mansión latina
para cantar la gloria de una deidad de diosas.

POR la suntuosa vía, de perfumes y trinos,
viene la Soberana de los ojos divinos,
de alma donde florece un extraño fulgor.

Y PASA la Princesa como pasara el Día...
Donde fulge su gracia brota una melodía
y al mirarla tan bella se suspira de amor.

Alfredo Martínez

LA GESTA DE LA GRACIA

En elogio de la espiritual y muy bella Señorita Doña Rosa Mercedes Sevilla, triunfadora en el Concurso de Bellezas de CULTURA.

LA REINA de villas que es villa de reinas y ciudad de grandes señores que saben ser bravos y heroicos con franca nobleza, ha lanzado un grito, un grito potente que irá tras los Andes proclamando el santo reinado de Nuestra Señora Belleza.

Y YA empuña el cetro del augusta imperio que hoy rige la villa la más encantada de las princesitas de la Corte Real:
Y es ella la Reina: ella, Doña Rosa Mercedes Sevilla, quien luce un heráldico blasón de su gracia divina y triunfal.

TODA aristocracia en su gesto y porte! La hidalgüña en ella perfuma su paso y aureola su encanto. Y esta Soberana podría muy bien matar con sus ojos la luz de una estrella!...

Y LLEVAR su Imperio hasta los lejanos tronos orientales, y hacer que las regias coronas que cifien la belleza humana se inclinen ante ella bajo el sólo signo de sus manos reales....

Antonio Montalvo

El Arte Religioso del Pintor Dn. Víctor Mideros

BAJO el atrio del nuevo templo de Salomón, donde ya no había de oírse los ingenuos y caldeados ecos del Cantar de los Cantares, sino el ritmo solemne de Prudencio, el trágico borboteo del Dies Irae o las plañideras oraciones del devoto amor; donde a la pastoril harpa de David sucedería el órgano de mil vibraciones, en que ha de cantar el espíritu inmenso — con la inmensidad pavorosa de lo sublime — de San Gregorio. En ese atrio, devanaban el hilo de sus meditaciones, santos y sabios padres; sus blancas túnicas, sus amplias barbas proféticas, entre las que resvalaba el torrente de armonía de su voz, teñíanse con la púrpura del ocaso de un corazón abierto en el Calvario: sangre hecha resplandor, pórtico de las maravillosas moradas de la mística cristiana!

La naturaleza del *Unguento* animando la carne mortal en las entrañas de una virgen: éxtasis de amor en ciertos alejandrinos y neo-platónicos, y sutiles ensueños espirituales, florecidos de símbolos y fe, como en Orígenes y sus discípulos; o frío escalpelo en la carne misma de la doctrina, con Atrio y sus secuaces.

A veces la santa asamblea recorría un movimiento de furor: furoros de discípulos engañados o de maestros no comprendidos. El sacro fuego místico inflamaba los ojos y la ira humana arrebatava los corazones: Teófilo lanza la jauría de sus satélites contra el admirable y lleno de unción, Crisóstomo.

El hombre a pecado y la gracia ha huido de su corazón para sumirlo en las tinieblas del vicio. A tanto daño, sacrificio supremo, agua lustral de un valor inestimable: la muerte del Hijo de Dios entre el oprobio de las gentes y ante la infamia de la ley. Esto hubo de enseñar el Pontífice de las catacumbas, el Diácono auxiliador de los moribundos, y con el Apóstol repetirían: «nos

ha salvado, no a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el bautismo, y renovándonos por el Espíritu Santo».

Pelagio, el sabio monje, y su compañero Celestio, van a lanzar la piedra de escándalo en la augusta asamblea: la muerte no es consecuencia del pecado ni pecó su descendencia en Adam, unicamente que desde entonces el hombre nació con las inclinaciones del espíritu de la carne de aquel que había desovedeado; y, el espíritu humano por su propia virtud puede triunfar del mal. — Soberbia vanidosa exclamaron Pontífices y Pastores del alma; divina inspiración que fortalece el ánimo y permite luchar y vencer, pensaron los menos.

Campeón formidable de las tradiciones de la Iglesia, después que hubo arrojado muchos años de su vida a las hogueras del infierno, y de haber gustado con deleite el sumo de los racimos de la concupiscencia y la hidromiel de la sabiduría prometida por los maniqueos; el Obispo de Hipona enviste contra la heregia, *protegida por la ficticia verdad de la razón triunfante*. — Eran los simientos del catolicismo, el mismo celo perseguidor de la vanidad del propio aprecio, de la victoria del conocimiento: humillaos ante la fe y venerad al Señor en sus inescrutables designios.

El hombre es fruto de maldición. Nace como las legendarias promesas de los árboles plantados a las orillas del Mar Muerto: preciosas en color, ricas en perfume, pero cuya carne no es la carne jugosa de los productos de las tierras no malditas, sino que son ceniza, amargura y podredumbre. Sólo la gracia regenera, purifica y transforma.

Pero la gracia en manos del Señor, es don y no justicia. El distribuye como un beneficio a los privilegiados, aquellos que miró con agrado el Señor; suya es la vida eterna, pues para ella han nacido, mientras las tinieblas reclaman, casi de modo fatal, a los otros hombres que pecaron en Adam.

Toda la humillación, el desprecio de la humanidad, que fue ley de la Edad Media

en Abadías y en hermitas, procede del triunfo de San Agustín; desprecio que, al no templarse con la vanidosa petulancia de los guerreros del norte, habríase hundido adentro, y de modo bien mortal en el espíritu de la cristiana Europa.

El eminente Doctor no supo prever todo el daño que de su doctrina de la predestinación — flor del arrepentimiento y de la expiación purificadora — había de proceder. Agustín amamantó a Próspero e Hilario que negaron el libre arbitrio, y vanas fueron las posteriores rectificaciones y aclaraciones del Maestro.

Todo ese rigor del Dios que dispone y distribuye su gracia para predestinar a la gloria o abandonar al pecado, cuya contemplación torturaba las almas de la debota cristiandad de la Edad Media y de las generaciones de nuestra existencia colonial, lo resume y lo completa un místico — cuya vida es un olvido hoy, entre el rumor de nuestras sociedades vanales y aturdidas — en un vuelo muy alto y en una penetración muy honda, que vierte en una preciosa pintura de primerosa técnica. Hablo del artista Dn. Víctor Mideros.

Es el suntuoso pórtico con que inicia el pintor la reconstrucción de la basílica de fe en que se congregaban nuestros padres del tiempo colonial.

Purísima azucena del vergel místico de la ciudad de Quito, fue la virgen Mariana de Jesús.

El cuadro representa el símbolo de la predestinación. Dos mujeres vestidas con el primor de brocados inimitables, cuyos reales y bordaduras parecen desprenderse del lienzo; consagran al Todopoderoso el fruto vendecido del amor. Dios recibe la ofrenda, y como a las orillas del Jordán o en el pobre pecebre de Nazaret, derrama el bautismo de su eterna claridad sobre la niña: es una estrella de luz inmaculada en la intencidad violeta del fondo raso, que fluye inagotable, sobre la frente de la escogida.

La claridad disipa las tinieblas de la muerte en el pecado, y un mastín negro de ojos de fuego y de boca sangrante . . . fuga.

Burlanse debajo las palabras de San Pablo.

La Crucifixión de Mariana y sus Místicos Desposorios

I

Si aún hay mentalidades de artistas que se atreven a ir más allá de la pura persecución

de un procedimiento difícil o de una metáfora sugestiva o extraña; venga a buscar la inspiración en la quintaesencia mística del dolor que transmuta, o en el consorcio espiritual del alma que fuga de sí misma, para internarse en la claridad inmutable de la contemplación.

Hay dolores que triunfan de la carne y triunfan de la vida, dolor que pierde su naturaleza porque es sacrificio de amor, de cuya postración carnal se levanta la aurora de la elevación mística.

La cruz alza sus brazos en la tenuedad transparente de la luna nueva, que dibuja su arco apacible en el azul eléctrico de la ventana abierta — un viejo ventanal, del tiempo de la colonia, con fuertes rejas a las que se aferran sarmientos de plantas trepadoras —; la cruz lleva un crucificado, una mujer cuyo rostro aún contrae el dolor, pero cuya ánima pasando los límites del conocimiento se ha hundido en la pureza de la contemplación. El sufrimiento véase agotado en la física aflicción del rostro y la idea resplandece en el éxtasis, que dice posesión y goce quieto de la idea absorbente.

No es la lujuria del dolor que en las maceraciones de la carne se complace y goza, perversión sensacional de los neurópatas e histéricos; es el fraccionamiento de la vida en dos: la carne que cae como una vestidura y se arruga a los pies de la llama desnuda, del pensamiento que asciende por el espiral áureo de la escala de la contemplación, y se pierde en ella, y se confunde en su seno con la claridad que contempla y de la que vive; así como se compenetran y se funden los rayos de dos focos de luz, pero, no, de otra manera, porque el pensamiento es abrazado, penetrado, vuelto transparente y luminoso por la llama de la idea en que fija sus ansias.

II

Para hablar al público el artista, el místico, para representar ante el profano toda la intencidad y valor de la concepción del arrobamiento, del delirio contemplativo, vuelve a la tierra, vuelve a la claridad del sol, y nos habla y nos cuenta toda la soberanía de las almas privilegiadas, con palabras nuestras, que se graban en nuestros sentidos; cuando pinta los místicos desposorios.

La virgen, muy humana, muy bella, muy corporal, contempla una visión: se insinúa un Jesús niño y la santa vuela hacia él; y digo vuela, porque parece elevarse en el am-

biente. Representación bien humana, al alcance de nuestros ojos distraídos por el fluir de la vida.

La Doctora de Avila, tan conocedora y penetrada de los íntimos abismos del alma mística, recuerda el sumo embriagador de este rubio vino en que pierde su conciencia y sus sentidos el alma desposada; y ella entiende el primer grado de aquel abismo de sabiduría sentimental, como una visión imaginativa: forma corporal en un nimbo de luz, cuya perfección y belleza suspende y atrae.

La Meditación

Con el sumo más acre y corrosivo de todas las pesadillas medioevales, con aquel cuyos vapores supo transformar la Tebaida en circo de fieras anfladoras, iluminado por el resplandor sangriento de vivientes antorchas en holocausto purificador del pecado o en llamarada disipadora de la tentación; con el sumo que vertido en las brasas inflamadas de la inquisición, alimentaba el fuego en que habían de acrisolarse las almas convertidas por la tortura; es esa la agua fuerte con la que ha grabado el artista su cuadro de la meditación.

Pocas pinturas tendrán mayor intencidad y mayor fuerza evocadora que ésta: el ciclo de la colonia está aquí real, palpitando con el poder de todos los terrores sentimentales de una piedad que constituía la carne y sangre de esas sociedades primitivas.

Las grandes luchas del feudalismo, que distraían al castellano de su absorción contemplativa de las verdades inmutables, y ponía un timbre de heroica rapacidad hasta para lanzarse sobre los bien colmados tesoros de los príncipes de la Iglesia, y llevar el rico trofeo y el espléndido botín de ornamentos y vasos sagrados, había desaparecido aquí, en las tierras de España. Las gentes de la colonia, puestos los ojos en los claustros del convento, seguían las peripecias de rivalidades y luchas, y recibían el pan espiritual en los oscuros templos. Pero aquel pan espiritual se amasaba con las migajas del banquete teológico o de la cena mística, mezclados con las venenosas levaduras del fanatismo y del temor. Al clérigo batallador sucedió el clérigo holgazán y panzudo, y al teólogo y al santo embebecido en la visión eucarística, el sembrador de miedos: el pecado carnal, mientras no lo purifique el

olor a incienso y óleo de los consagrados del Señor, es la más grande de las abominaciones.

Figuraos un calabozo o una celda negra, desmantelada y fría; hay un solo adorno, la muerte; no en la forma del silencio y la paz de la momia egipcia, presidiendo el banquete e invitando a una suave y tranquila meditación; es la muerte con los más crueles de sus caracteres: las órbitas sin ojos, la boca sin labios, con la risa de la tortura suprema e inmutable del harapiiento que muere congelado en las grandes estepas. El esqueleto es el libro de las meditaciones de Mariana de Jesús.

¡Oh la tortura suprema del combate interior! La carne entona el himno de la primavera, habla del brote del sentimiento, de la caricia como el vino que entona y fortifica; frente a la misma muerte triunfa la vida en exhuberancia, en brote de pasión; susurra, como a los oídos de los babilonios, la vida es corta, exprimid el jugo de todas las flores que están a vuestro alcance, para embriagaros de perfume; o como al viejo Fausto le dice: la juventud es don precioso, porque, como la mañana está plena de luz, y el vigor de los cuerpos es plenitud; eternizaos en el mundo con la eternidad del perpetuo renacer. Pero os habla el esqueleto de la podredumbre de la carne, del amargo sabor de ceniza de que impregna el goce a vuestra saciada boca, y os habla del castigo eterno: el Juez implacable mide el valor de cada una de vuestras palabras, pesa vuestra menor acción, aquilata vuestro último pensamiento y desdó, y los mide según su pureza y no según vuestra debilidad; y clama entonces la Santa: «Mariana, que Dios tenga piedad de ti».

La disciplina rasga las espaldas, la sangre brota y el dolor debilita la voz de la carne, para humillarse el alma postrada ante el terror.

Dos sirios alumbran la escena en el primer plano, dos sirios magistrales: sus llamas dan luz en la oscuridad, esplenden en las tinieblas; más que dibujados, son reales, tal es el poder de la técnica empleada.

La roja claridad tinte las recogidas vestiduras de la disciplinante.

Angel M. Paredes

Quito—1926

Mensajes Fraternos

HEMOS sido honrados con una carta, una fotografía y un libro de la brillante escritora italiana Condesa Clara Bartelomei. Esta intelectual genovesa, entre sus múltiples labores literarias, se dedica a escribir libros de cuentos para niños, con una originalidad y una comprensión únicas de la mentalidad infantil. En su último libro **PIU PPI** tiene párrafos dignos de aquellos cuentos y fábulas del gran Pirandello, cuando en la «Tribuna de la Domenica», magazine del diario **LA TRIBUNA**, escribía en Roma para el mundo de los pequeños.

Reciba la muy bondadosa escritora nuestro agradecimiento por las atenciones que nos dispensa, y sea ella el eco expresivo del mensaje fraterno que envía el alma ecuatoriana a la juventud idealista y viril de la gran nación de D'Annunzio.

Nuestro espíritu, que siempre ha estado aprisionado en las ondas luminosas que se desprenden de los cerebros pensantes y los corazones magnánimos, espera alborozado unificar sus aspiraciones con los hermanos del pensamiento y seguir avantes en la contienda nobilísima del espíritu, se-

giros de alcanzar un fruto magnífico en los eternos e irradiantes dominios del Arte y la Fraternidad.

[Nuestro país, como América toda, es una heredad lejana para los pueblos latinos del Viejo Mundo; una heredad cuyo pórtico está blasonado con estos caracteres, reveladores de nuestras ansias e inquietudes supremas: ¡América para el Mundo! Los latinos que llegan fatigados de allende los mares, encuentran en nuestro anelo ubérrimo un retal olvidado de su hogar, eso sí, donde el sol es más claro, donde el aire es más puro, donde el agua es más dulce, donde el cielo está siempre azul para copiar el sendero que hallarán victoriosas nuestras futuras generaciones.



A la revista **AMERICA**, expresión perfecta de la gentil alma ecuatoriana.

CLARA BARTELOMEI

Doña Clara Bartelomei sabe ya que el Ecuador, admirador fervoroso de la Nación Eterna, tiene abierto su corazón, y con él ofrenda el tesoro de sus idealismos más puros a las almas que conlignen con sus sentimientos.

Traducimos a continuación el mensaje de nuestra gentil colaboradora:

Distinguido Señor Director:

El magnífico espíritu de hermandad que une nuestras dos naciones, y que cada día se enriquecen de fuerzas nuevas, me sugiere la idea de mandarle este mi modesto homenaje, y para su Revista el homenaje, más modesto aún, de mi fotografía. Es un inmenso deseo de muchos de nosotros, escritores italianos, de afianzarnos con nuestros compañeros de pensamiento, y espero que Ud. quiera iniciar —hablando en su Revista— esta compañía espiritual.

El Ecuador es patria de espíritus selectos, de artistas exquisitos; quiere Ud., pues, tejer la trama de una maravillosa red, que contendrá cosas bellas? Nosotros conocemos bastante bien su país, pues tenemos la fortuna de conocer al Cónsul Dr. C. Alberto Arteta, quien tan dignamente representa la patria lejana aquí en Génova, de modo que es él, a quien contamos entre nuestros mejores amigos, el que me ha dado la idea de dirigirme a Ud.

Si Ud. cree conveniente ponerme en correspondencia con algún escritor de los de Uds., le quedaré agradecidísima. Estamos ya desarrollando con la República Argentina un vasto programa de colaboración relativo al Teatro.

Siense aeger, Sr. Director, mis mejores respetos y mis agradecimientos.

Clara Bartelomei

Génova, Via Malta 38



MI PENNA...

HOY mi pena es bella como tu sonrisa,
llena de una vaga nostalgia lejana;
y lleva perfumes de amor cual la brisa,
y cantos de alondra como la mañana.

Nunca la tristeza que el infierno atiza,
que vió El Florentino de Gloria Lontana:
es el Sacrificio que canta en la Misa,
cuando el alma tiembla como una fontana.

Se ha posado, ETERNA Y SUTIL MARIPOSA,
sobre los rosales de luz e ilusión:
en la Flor Celeste de la Dolorosa,

sobre los anhelos que se hacen canción,
y en todo entusiasmo que se abre cual rosa,
sobre los jardines de la Tentación.

Hoy mi pena es bella como tu sonrisa...

Quito—1926

Palemón Estilifa

LAS HOJAS MUERTAS

VIEJO: Mira que llega, claudicando, la hora
que tu carro de antaño, con rumbo hacia la aurora,
fué la verdad perdida de tu obsesión de amores
fugaz, como el aroma de un capricho de flores;
mira que todo el rico fulgor de tu palacio
como un fatuo relámpago se perdió en el espacio;
palpa tu cráneo seco que sólo ha retenido
como tu corazón, un voluble latido...
Siente en tus manos trémulas un puñado de arena....
Sobre tu frente inmóvil hoy se desencadena
la ráfaga del mundo con un soplo de asombro,
la misma cruz eterna te está llagando el hombro
y eres, viejo poeta, copón de mansedumbre
en la misa sin Cristo, sin altar y sin lumbre!
Recogimiento antiguo de tu oración de aurora
que se pierde, llorando, como una pecadora,
manos para pulir con un temblor tranquilo
el imposible brazo de la Venus de Milo,
y que hoy, en su parálisis de inerte pergamino
son pobres alas muertas fijas sobre el camino...
Ya amanece. En la hora tibia de los amantes
sienten la almohada dura tus labios suplicantes;
clarea la mañana preciosa en que no alcanza
a entreabrirse el difícil ojo de tu esperanza,
Ya lo has perdido todo y no gritas, anciano;
Todavía la hora amable del Tiziano
besa tus hojas muertas con ambiguo cariño
y prende en tus ensueños la ingenuidad del niño.
Aún amas al poema por venir, desangrado,
cálido de tu vida, como al hijo esperado
y ya le das un nombre que suene a canto eterno
y el poema futuro va dorando tu invierno:
en él cabrá el antaño, la mujer de otros días,
el óleo que nos untan suaves melancolías,
la palabra perfecta que se heló en el secreto;
todo lo que en el verso de ayer fuera incompleto
brilla en este fulgor de tu alma que se eleva
a bañarse en las aguas de una claridad nueva,
y tiemblan, epilépticos, tus labios que en la misa
de la noche, tendrán comunión de ceniza
y el fardo de la vida, encorvando tu espalda
te arroja en el camino, en donde una guirnalda
de arena y hojas muertas, sintiendo que caíste
quiere apagar la fiebre que hay en tu frente triste!

El Poeta del Dolor y de la Muerte

Se ha publicado en París, en la casa editora «Excelsior», un breviario diminuto, como un jugueteo literario. El infantil tomito de bolsillo contiene las «Poesías Escogidas» que escribió el juvenil y nutrido guayaquileno Medardo Angel Silva, agotado en flor.

Su vida de pocos años, fue como un chispazo de arte, antes de entrar en el eterno arcano.

De la selección y el prólogo, se advierte que responde Gonzalo Zaldumbide. Sincero, sencillo en su técnica, lo entró en los caprichos y torceduras métricas ni verbales. Con insistente fraseología, Medardo Angel Silva se empapó hasta los huesos en las ideas del dolor, las lágrimas y la tumba. Se adivina que sufría mucho y que el morbo fue incurable. En el amor, presenta una sola queja, como si el instrumento pasional, que se desata en llanto, sonase, suavemente y como por prodigio armónico, al contacto de una sola cuerda, para extinguirse, a la manera del mejicano Acuña, antes de la madurez artística.

A veces, el misticismo le invade, enfermando el corazón: se pone el Toledo costero a murmurar oraciones, recordando al diluado Neruo que pedía espigas a los rosales para pagarles con aromas; que, no sabemos si ingenuamente o por moda, leía al apergamado Kempis.

Dice Silva:

«Ya me ofrecen rosas o me dan espigas,
yo bendigo siempre tus manos divinas;
Corazón del que ama es como la rosa;
perfuma la mano de quien la destroza».

Le enloquecía la obsesión de la muerte. Casi no hay una de sus poesías tristes en que no repita la desconcertante palabra, o las imágenes perifrásticas con que suele disfrazársela.

«El ojo negro de mi abismo
para mí guía donde quieras».

murmura en «La Ruta Verdadera». La composición «Después», que empieza «se extinguirán mis años, ardiendo como cirios», está mojada con el gélido sudor de la agonía.

También las tinieblas de ultratumba no le permiten sosegar un momento:

«y escucharás, de súbito, reteniendo tus lágrimas, (*)
una voz que te llama, despacito, en la sombra»
«Dime que todo ha sido la sombra de un mal sueño,
que en la tiniebla actual palpita el alba pura»
«Al pasar la carroza dorada de la vida,
implorando extendí la mano suplicante»
«en la noche más negra palpita el alba pura»
«sobre la tierra madre, para siempre dormiste
el eterno cansancio de tus días fatales»
«del borde de la negra playa desconocida,
donde mueren tus días, ¡oh, río del No-ser!»
«Cuando mi tributo reclames ¡oh, Muerte!»
«Cuando venga por mí la Muerte»
«pero a mí me da la Muerte»
«la enfermedad que yo tengo
en silencio ha de matarme»
«la dulzura de la muerte»
«lanzó nuestra nave en el Mar desconocido»
«en el día final te ofrecí un
un corazón leproso, viejo y triste»
«y nuestras alas débiles sobre la tierra oscura,
se agitan vanamente hacia el eterno día»
«hasta venir la Reina cuya región sombría
empieza donde acaba todo lo que no dura»
«enfrente de las sombras, de espaldas a la Aurora,
y solos con la esfinge siempre interrogadora»
«ese va a morir, se va a morir... se muere»
«porque se va a morir... porque se muere»
«mi espíritu se orienta hacia la eterna aurora»
«y siento que me acecha en las sombras la Intrusa»
«que un fúnebre enlutado la lleva dulcemente,
en su barquilla de ébano, a un remoto país...»
«a la tiniebla fría del Ser y del No-ser»
«¡ha crujió la fúnebre enronada
bajo la pie levisano de hielo!»
Y ese rumor, ¿es el nocturno vuelo?
de tu ligera sombra desolada?...»
«el nombre de una idolatrada muerta»
«y de un salto mortal volará al Infinito»
«Oh, la terca permanente
de caminar, ciego, en la sombra
y el tener de ver de repente
la luz de la que no se nombra»
«a la Emperatriz Silenciosa
que viene en la barca sombría»
«Pues la fatal Guadañadora»
«la misera ofrenda mortal»
«cuando atraveses los nueve
círculos de lo mortal».

Interminable sería continuar citando los negros y angustias de la pálida enlutada que invocó Gutiérrez Nájera y ha multiplicado Silva con insistencia desesperante.

Bastará con leer los acuitados motivos de «La Muerte Eumascarada» (Págs. 68 y siguientes) para deducir el torcedor, secreto y espantable, que constantemente apañaleó al poeta.

Lo mismo decimos del abundante ritornelo, del profuso estribillo del llanto, del beso, del dolor y de la tristeza, conjugados porfiadamente.

(*) Estos versos, que se han entresacado de varios poemas que contiene el librito, confirman el espíritu melancólico y trágico del poeta.



Guaranda, Capital de la Provincia de Bolivar.—Ecuador

Medardo Angel Silva desgarró su alma gimoteante, y suspira a cada momento por la paz sepulcral, que al fin conquistó violentamente.

Así lo confirmó en su canción trágica "El Alma en los Labios", que anda en boca del pueblo, vulgarizada en la vihuela y en las notas de un común pasillo, que solía caracterizar la tonadillera Estrella Irú:

«Perdona que no tenga palabras con que pueda decirte la inefable pasión que me devora; para expresar mi amor solamente me queda rasgarme el pecho, Amada, y en tu mano de seda, dejar mi palpitante corazón que te adora!»

Fuente de sentimientos, se desborda, minuto a minuto, con profunda ternura y transparente sencillez, que envidiaría la prosa más clara.

La melancolía le poseyó, robándole las fuerzas para el canto viril y el himno fortificante, para el pensamiento optimista, batallador, enérgico en las luchas por la vida. Tal, al menos, aparece en el cuadernito "Poesías escogidas".

Destila emoción al anotar el arribo de los veinte abríles. ¡Cuán hermoso y torturante es lo que sigue!

«Hoy cumpliré veinte años; amargura sin nombre de dejar de ser niño y empezar a ser hombre, de razonar con Lógica y proceder según los Saucos profesores de Sentido Común. ¡Me son duros mis años —y apenas si son veinte—; ahora se envejece tan primariamente, se vive tan de prisa, pronto se va tan lejos, que repentinamente nos encontramos viejos»...

Se eleva el ideal en la férvida y vivificadora "Epístola", quizá lo más bello del malogrado poeta:

«Ya no se oye la voz de la siringa agreste, ni un vuelo de palomas rasga el velo celeste, ni el traficante escucha la flauta del Panida; los augures predicen la extinción de la raza; Sagitario hacia el Cisne con su flecha amenaza; pronto será la estirpe del Arcade extinguida. Sobre el mar, del que un día olímpico deseo hizo surgir, como una perla rosa, el cuerpo de Afrodita victoriosa, hoy, sólo de Mercurio se ha visto el caduceo».

Hemos querido, libres del olímpico y tonante gesto crítico, anotar ligeramente una modalidad del sin ventura Medardo Angel; que ha conmovido muchos pechos populares; hemos comprobado su estado psíquico que se toca con su raquitismo fisiológico, al meditar constantemente en la nada y presentir su destino.

Sus simples filigranas, sus versos de oro que engustan perlas fugaces y lacrimosas, sus aciertos del corazón, sus voces de verbo limitado y honda ternura, sus ayes amorosos, sus ósculos de fuego, sus metros modestos y sentidos, su rima pobre y sencilla, han de vivir en las almas tristes y enamoradas y han de ser leídas en las plácidas noches de luna, de la melancólica luna que Medardo Angel Silva comparó con una rosa.

Alejandro Andrade Coello

Quito—1926

El Rubaiyat de Omar Khayyam

Astrónomo y Poeta Persa

Traducción en verso castellano libre,
por CAYETANO COLL Y TOSTE.

PRE-POEMA



A PERSIA es uno de los más antiguos imperios del mundo: patria de los grandes reyes Ciro, Cambises, Darío, Jerjes y Artajerjes, del gran filósofo Zoroastro y de los poetas clásicos Roudjgi, Firdovvosi, Omar Khayyam, Saadi y Hafiz.

El que nos ocupa ahora, Aboul-Fath-Omar Ibn Ibrahim-el-Khayyam, conocido comunemente por Omar Khayyam, nació en Naishapur de Khorasan a fines del siglo XI y murió dentro del primer cuarto del siglo XII, el año de 1123. Llegó a ser Emir del joven Alp-Arslan. El sultán Melek-Shah le nombró su astrónomo. Cuando compuso el Rubaiyat, los místicos le persiguieron con su odio religioso. Según Georges Frilley (*La Persia Literaria*, Luis Michoud, Ed. París), el texto original alcanza a 438 cuartetos, que en 1836 vieron la luz pública en Calcuta. J. R. Nicholas, cónsul francés, residente en Resh, hizo una versión, en prosa, que, según Frilley, ha sido muy criticada. No la conozco. Igual me pasa con las traducciones en prosa de Hammer y Walheim al alemán. La que he podido obtener es la de Fitzgerald, al inglés. Es la única buena que hay en verso. La hizo en 1858, y la publicó con firma anónima. Fue un gran acontecimiento en la literatura inglesa. «Desde entonces, afirma Frilley, adquirió Omar Khayyam un lugar señaladísimo entre los eróticos más célebres al lado de Anacreonte; se le consagró un culto y hoy su fama es universal».

La segunda traducción de Fitzgerald es del año 1868 y alcanza solamente a 75 estrofas; la tercera es del año 1872, la cuarta de 1879. Después se han publicado diversas ediciones en Inglaterra y Norte América. La que nos ha servido de guía es la quinta, inglesa, de 1902, publicada por Thomas B. Mosher (Portland, Maine), que alcanza a 101 estrofas.

El gran poeta inglés Edward Fitzgerald, nació en Bredfiel, en Suffolk, el año de 1809. Ayudado de Mr. Ed. B. Cowell, entendido en lenguas orientales, tradujo a Omar Khayyam y puso en magníficos versos ingleses esta gran joya literaria.

Este poema está dividido en cierto número de estrofas o estancias, que no guardan unidad a veces entre sí. Casi es un himno al vino y al amor. El poeta se burla de la filosofía persa, que descansa en las doctrinas de Zoroastro y Zaratrustra.

Tiene Omar Khayyam mucho de epicurista, desde el momento que le da tanta importancia a la materia y al movimiento. Al hablar de la Divinidad es sarcástico y blasfemo. Llama mucho la atención el realismo de este poeta a fines del siglo XI. Tiene estrofas líricas que recuerdan a Horacio, y pensamientos propios de Lucrecio.

Desearía tener una traducción directa de este poema, del persa al español; y con tal fin voy a enviar un ejemplar de esta revista al cónsul español en Teherán. De este modo, quizá, podré enriquecer con otros giros esta mi traducción ya adquirir el completo de todas las estancias hasta llegar a las 438 publicadas en Calcuta. Conozco unas 75 estrofas vertidas al español, en prosa y publicadas en un semanario de Madrid, *El Renacimiento*, del año 1907, páginas 89 a 104. Y 30 estancias, también en prosa española, que trae la obra, que hemos citado más arriba, de Georges Frilley, *La Persia Literaria*, páginas 110 a 116.

La palabra Rubaiyat es árabe y equivale a decir: *Cuatro Líneas*. Procede de *Rubai*, línea. Puede traducirse Cuartetos o Estancias o Estrofas; pero he preferido conservar el vocablo original árabe, por lo poético que es.

I

Despertad, despertad, que la mañana
Lanzó la piedra al bronco de la noche
Y huyeron fugitivas las estrellas:
Y contemplad! El cazador de Oriente
Con un rayo de luz ha sorprendido
La bella torrecilla del sultán.

II

Moribundo el fantasma de la Aurora (1)
Y al ensueño entregados los sentidos,
Oí una voz, diciendo en la taberna:
Por qué no empieza el culto en los altares
Estando dentro el templo preparado
Y cesan fuera ya de saludar?

III

Al escuchar del gallo el canto agudo,
Cerrada la taberna todavía,
Gritaban frente a ella: —Abrid la puerta!
Abrid la puerta! que cuán poco tiempo
Estar aquí podemos! Tú, bien sabes,
Que idos ya, no podremos retornar!

IV

Con año nuevo los anhelos viejos
Reviven hora. (2) El alma, de luz llena,
Busca la soledad, do se retira;
Donde florece de Moisés la mano,
La mano blanca; y por los altos trigos
Va suspirando triste el buen Jesús.

V

Irán es ido con sus rosas blancas,
Y de Jamsid la copa de oro, mística,
De siete anillos, donde está se ignora;
Y siempre encuentras un jardín con flores
Donde susurra grato un surtidor.

VI

Los labios de David están cerrados;
Más, en la lengua Pehlavi, divina,
Trina a la rosa el risueño amante:
El vino, el vino, el vino! El rojo vino!
Que tu mejilla pálida colora
Como a la rosa la colora el sol.

VII

Ven, ven, llena la copa transparente,
Y arroja al fuego de la primavera
De tu arrepentimiento el manto frío.
Corta es la vida del pájaro del tiempo
Para volar; la vida pasa pronto;
Y comenzó ya el ave a aletear.

VIII

Ya sea en Nainapur o en Babilonia,
Ya rebosa la copa amargo o dulce,
Ahí, siempre corre el vino, que da vida:
Sostenedor de la existencia humana
Ruzuma delicioso gota a gota;
Los días, todos, uno a uno se van!

IX

Tú sabes que mil rosas, con fragancia,
Cada mañana trae; mas, ay! la rosa
Abandonada ayer, en dónde está?
Y es este mes, en que el verano reina,
Y en que florecen los rosales todos
Se marcharán Jamsid y Kaikobad.

X

Déjalos ir. Oh sí!... Qué nos importa
Saber la suerte, próspera o contraria,
Que tenga Kaikobad o Kaikour?
Ni que Zal y Rustún lo tumben todo?
Ni que Jafío invite a sus comidas!
No los atiendas, déjalos hacer...!

XI

Tú, ven conmigo a la pradera
Que separa el desierto justamente
Del confin de la tierra cultivada:
Donde los nombres de sultán y esclavo
Son olvidados; donde en paz se vive;
Y el trono áureo se olvida de Mahmúd.

XII

Ven; y allí, bajo la foresta umbría,
Con un libro de versos y con flores,
Un cántaro de vino, un panecillo,
Y tú a mi lado, tú, cantando dulce,
Entonces, el desierto tenebroso
Bastaate paraíso es para mí....

XIII

Suspiran por la gloria unos mortales,
El cielo del Profeta otros anhelan....
Ah, déjalos a todos aspirar!
Tú, toma lo constante y no los sueños....
Y no hagas caso de promesas tontas,
Ni del ruido lejano de un tambor.

XIV

Mira el rosal, que nos florece al lado
Parece que nos dice sonriente:
—Yo embriago al mundo con mis rosas bellas;
Y una vez rotos los capullos suaves
Y el tafetán sedoso de la bolsa,
Arrojo los perfumes al jardín.

XV

Lós que avarientos atesoran oro
O lo lanzan al viento como lluvia,
Todos vendrán a ser humilde tierra.
Y no la tierra aurifera, preciada,
Que tanto buscan los avaros hombres
Por muy oculta y sepultada esté.

XVI

La esperanza mundana que los hombres
Sobre su corazón llevan prendida,
En ceniza se torna, o bien prospera;
Y si prospera, presto despatece,
Cual la arista de nieve en el desierto
Que brilla un breve instante y ras, se fue.

(1) En Oriente existe el fenómeno de la falsa Aurora, una hora después de la Aurora. Los persas llaman a la primera *Sabi Kizib* y a la segunda *Sabi Saad*.

(2) El año nuevo entre los persas empieza con el equinoccio de primavera y lo conmemoran con un festival. Ese día corresponde al 20 de Abril nuestro.

XVII

Pienso, que en este lar de caravanas,
Campamento batido por la suerte,
Cuyos portales son la noche y día,
Sultanes tras sultanes desaparecen
Con sus pompas efímeras y cortas,
Les llega la hora fija y se han de ir.

XVIII

Cuentan, que el león y los lagartos, libres,
Custodian hora los palacios bellos
Desde vivió jamás con sus placeres,
Y que haría, el cazador valiente,
Resúldo yace. Si golpea su cráneo
El amo ruin, no puede despertar.

XIX

A veces pienso, que mejor florecen
Las rosas, y lucen rojas, en terreno
Donde sangró ya un César enterrado,
Y que cada jacinto indica el punto
Es el jardín, donde cayó sangrienta,
Una vez, la cabeza de un galán!

XX

Y esta naciente hierba, en que yacemos,
Cuyo pesacho verde besa el río,
En ella pon tus manos con cautela
Porque, quién sabe, brota de los labios
De amantes serres, que felices antes
Vivieron, y hora no podemos ver.

XXI

Ah, mi querida! Lléname la copa
Para olvidar el hoy y los recuerdos,
Y también los temores del mañana
Mañana! Ah, tal vez mañana mismo
Yo contribuya a recrear la cifra
De los siete mil años del ayer!

XXII

Y también los amigos, bien amados,
Los buenos, ay! los de mayor cariño,
Ya sandimiados por el tiempo rudo,
Bebieron a su vez una o dos copas
Para después marcharse todos, todos,
Por fin, silenciosamente, a descansar.

XXIII

También nosotros, tan alegres hora
En el mismo lugar que ellos dejaron
Y el versazo vistió con flores nuevas,
También descendiremos a la tumba
Bajo una capa de negra tierra,
Y tierra formaremos, para quién?...

XXIV

Gocemos, si, cuanto podemos hora,
Lo que gozar en vida nos sea fácil,
Antes que al polvo rudo, ay! descendamos,
Polvo, en el polvo, y bajo el polvo sólo...
Yacer allí sin vino, sin la lira,
Sin ti, sin tu cantar, cuán triste fin!...

XXV

Igual a los que viven óvnelados
En hoy pensando, como a los que ilusos
Concentran la mirada en el mañana,
Clama un muezta, desde la negra torre
De las tinieblas:—Locos, vuestro premio
No está, ni lo hallaréis, aquí, ni allá ...

XXVI

Todos los santos y los sabios todos
Discuten y se ocupan de ambos mundos
Y son tenidos cual profetas latinos
En burla se han trocado sus palabras
Perdidas y arrolladas por el viento
Y relleno sus bocas, polvo ruin.

XXVII

Yo mismo, cuando joven, con frecuencia
Visité los doctores y los santos
Y sus discursos sabios escuché,
Oí bien sus argumentos, sobre todo;
Y salí siempre por la puerta misma
Que entrado había. Y cuál entré, salí!...

XXVIII

Sembré con ellos del saber semillas,
Labré la tierra con mis propias manos,
Y preparé yo mismo el gran cultivo;
Y coseché, por fin, como buen fruto;
Que vine al mundo como viene el agua
Y cual se marcha el viento, así me iré!...

XXIX

Y vine al mundo sin saber la causa
Sin darme cuenta, ni de donde vine,
Cual el riachuelo, a su pesar, serpea,
Me marcharé además, y no sé adonde,
Como a lo largo del desierto inútil
Quiera o no quiera, sopla el vendaval.

XXX

Y bien! De dónde me han lanzado aquí?...
Y bien! A dónde voy de igual manera!...
Sin consultarme, sin contar conmigo!...
Con muchas copas del vedado néctar
Debemos olvidar las añoranzas
De tal injuria, injusta por demás!

XXXI

Subí veloz del centro de la tierra
A través de la séptima portada,
Y me senté en el trono de Saturno,
Densé mucho nudo en el camino,
Sin poder desatar el de la Muerte,
El nudo maestro del humano ser!

XXXII

Hallé una puerta y no encontré la llave,
Hallé también un velo, o gran cortina,
A través de la cual no pude ver;
Adentro conversaron breve instante,
Se ocupaban del tú y del yo, callaron,
Y después, no hubo más ni tú ni yo.

XXXIII

La tierra: responderme nunca pudo,
Tampoco el mar, que púrpura derrama,
Quién era su Señor, abandonado;
Tampoco el cielo, que ruidosa de continuo,
Con sus estrellas y su sol, cubierto
De día y de noche con su manto azul!

XXXIV

Entonces, a los que detrás del velo
Se ocupaban del tú y del yo, pediles
Una luz, que me guiara en las tinieblas;
Y una voz escuché, como de fuera,
Que claramente dijo, en torno mío:
—«Tienes el ciego yo dentro del tú!»

(CONTINUARÁ)

Santurce, Puerto Rico

Darius Milhaud

MILHAUD es, después de Stravinsky, la naturaleza musical más rica, más potente de nuestra época. Es un músico de la raza de los grandes creadores. Esta halagadora apología es de Schloezer, crítico de "La Revue Musicale".

En efecto, nos hallamos ante la personalidad de un compositor sobremediano interesante, cuya obra, en sus características esenciales, refleja con maravillosa energía la inquietud de nuevas tendencias musicales en estado todavía latente, con orientación expresivista, psicológica, tendencias que tan vivamente contrastan con el impresionismo debussyista, del cual, sin embargo, no logra sacudirse por completo.

Milhaud nació en Aix-en-Provence, pero su origen es judío, y aunque el factor racial aplicado a la crítica hoy no sorprende, ha perdido algo de prestigio o por lo menos complica y oscurece antes que dar luz a ciertos problemas del temperamento y la mentalidad individuales; sin embargo, no es fácil resistir al deseo de correr una aventura crítica dando vuelta a la imaginación por ese dédalo.

Por nuestra parte nos libramos de correrla.

Milhaud es fecundo y parece ser imogotable. Trabajador poderoso, cuya voluntad indomable ha sido esclavizada por la vehemencia creadora, y no al contrario, como se observa a veces.

Cultiva casi todos los géneros con estilo propio: la música de escena y la de cámara; la Opera, el Ballet, la Farsa, lo mismo que la Sinfonía, la Sonata, el Cuarteto y

el Concierto; lo mismo que el Tango, el Shimmy, el Rag; y desde el idealismo sonoro de una Suite sinfónica llega hasta el misticismo de un Salmo, la rusticidad delicada de una Pastoral; se divierte con el «Cine-ma-fantasia»; canta con poemas singulares, y danza con aires indígenas del Brasil.

La naturaleza musical de Milhaud es rica y sus ideas por eso tan multifórmes, utilizan con igual libertad la melodía a gran dibujo o ciertos «temas melódicos» ciertos «motivos», y hasta sencillos temas agrestes nacidos como simples diseños rítmicos; temas y motivos que aparecen y se apagan, se marcan y se rompen, se entrelazan, sin confundirse, como las hondas de un lago, sin convencionalismos, reparo ni timidez, por la sola fuerza del temperamento que los maneja, por propia virtud.

Apenas escuchado, hemos de convenir en que el arte de Milhaud es profundamente subjetivo, tanto que de ello nace su variedad extraordinaria y su inestabilidad desconcertante; pues si muchas veces su alma se encabrita como un hipogrifo, cual si presintiera la esclavitud de un señor a cada paso, en otras ocasiones parece caminar sin reparo entre hojas y rocío, con la acariciante suavidad y presteza de un pájaro.

Natural es suponer, por esto, que el lenguaje propio de su individualismo ríspido sean los motivos breves, los ritmos inconfundibles aunque extraordinarios y a veces brutales, el colorido instrumental más transparente y sorprendente, los tintes tan pronto crudos como diluidos en imperceptibles matices de fresca ternura.



Darius Milhaud

P A N

Es la fiesta de Pan. El monstruo semichivo,
ardiendo en fuego sacro, retoza por los prados;
hace una flauta loca de cada hoja de olivo
y estremece su aliento la paz de los collados.

CHAPA la hierba y canta el monstruo semichivo;
nueve ninfas le incitan con sus flancos rosados
y donde toca labio sabio o pone ojo vivo
brotan fascinaciones de Olimpos y Eldorados.

TODO vibra, arde y canta, hasta el sapo y la piedra:
¡corona de agua al sapo y a la piedra de hiedra,
que piedra y sapo tienen premio si elevan cautos!

LOS bosques de laureles quédense sin una hoja,
y el Poeta, de nueve musas, su musa escoja
para el lecho, ceñido de rosas y de acantos!

Manuel Crespo O.

Cuenca - 1924

Cabe decir que su arte está saturado de psicología más bien que de armonía, según el concepto admitido, porque para él la armonía es apenas un recurso, un medio, y un medio deficiente, empobrecido, cuyos caudales han de acrecentarse sin temor a los desdoblamientos, a la politonalidad, al poliritmo; porque, para él como para algunos contemporáneos, la personalidad del acorde ha de sacrificarse en beneficio del «canto» y en honor del ritmo.

Y por eso Milhaud ha explotado sin vacilar, con actitud resuelta, pero sin obsesión, la politonalidad y el poliritmo que abandona con igual facilidad por la polifonía consagrada y el ritmo único.

Las características apuntadas son suficientes para que en él vemos al melodizador legítimo de ciertos poetas. Ha glosado el amor, la infancia y la Naturaleza fundiendo su melodía con los versos de Rabindranath Tagore; para algunos poemas de Arturo Rimbaud, para otros de Mallarmé y para

muchos de Leo Latil ha diluido sus ricas gemas sonoras, y para 23 poemas del dulce Francis James ha consagrado largas horas de meditación sensitiva. Con André Gide, con Paul Claudel, con Jean Cocteau y con el mismo Francis James, en «La Oveja Descarriada», ha subido los peldaños del lirismo traza! y aún ha llegado hasta la escalofriante evocación de Esquilo en «L' Orestia», traducida por Claudel.

Es definitiva, el valor y la potencia de su arte no pueden ser mejor conocidos que por las propias palabras de Milhaud, también escritor de fogosa pluma. «La vida de una obra dice no dependerá más que de la invención melódica de su autor, y la politonalidad y atonalidad no harán sino abrir un campo más vasto, medios de escritura más ricos, una escala expresiva más compleja, a su sensibilidad, a su imaginación y a su fantasía».

Juan Pablo Muñoz Sanz

Quito—1926

La Génesis del Arte y sus Rumbos Futuros

VAMOS a introducirnos en el campo de las concepciones estéticas, tratando de encontrar una explicación original de la génesis del arte. Esbozo una obra futura de más bastas proporciones, y por ello, pasará brevemente, sobre el desenvolvimiento del arte, donde han espigado maestros tan eminentes como Hegel y Taine con tan admirable acierto; me detendré sobre todo a considerar un nuevo elemento que viene a dar luz en la génesis del arte, y que puede ser punto de partida para creaciones artísticas insospechadas.

I

DE LA GENESIS DEL ARTE

Influencia del medio externo

La naturaleza es la gran madre del arte; ella da al artista el bello modelo vivo, le moldea su temperamento y le introduce por los recónditos senderos de la belleza.

Las razas se han plasmado en la fragua de la naturaleza; unas han adquirido sus caracteres en una gigantesca lucha con el medio externo durante las grandes convulsiones terráqueas, en las remotísimas épocas prehistóricas, cuando el antropoide iba convirtiéndose en el animal Hombre; entonces sus características étnicas se gravan de una manera tan profunda, que para cambiarlas, la naturaleza tendrá necesidad de una paciente labor de miles de años con un medio distinto del que esas razas fueron formadas. Otras razas han sido elaboradas, no en una violenta lucha con la naturaleza, sino merced a una adaptación progresiva y lentísima al medio físico, ambiente que no tiene caracteres suficientemente fuertes para imprimir huellas profundas en corto tiempo. Las aptitudes de una raza provienen, en gran parte, de su país de origen; luego, si ha sido trasplantada a una diversa región, irán sufriendo cambios para adaptarse al medio nuevo; hasta pueden tener una total transformación de sus caracteres, si el

medio físico en que hoy se desenvuelve, es suficientemente fuerte y actúa por un tiempo capaz de borrar las huellas pasadas, imprimiéndola otras nuevas; tal sucederá en una raza de clima muy frío, que vaya a establecerse en uno muy caliente, sino perece en la lucha.

La naturaleza plasma a los artistas; cada clima, cada región, está elaborando el substratum, la capacidad estética y creatriz; sobre esta escuela, los demás medios o condiciones necesarias para el desenvolvimiento del arte, irán actuando. No todas las razas tienen igual capacidad para el arte; ni toda una raza tiene el mismo valor; las ramas y nacionalidades de una misma raza, tienen aptitudes diferentes según la región donde se hayan establecido y el desenvolvimiento de su historia. La raza aria presenta una variedad de pueblos con diversas manifestaciones artísticas, pues a medida que han ido separándose ramas distintas, sus condiciones ulteriores han variado por completo, encontrando unas terreno favorable para el desenvolvimiento artístico, y otras esterilizándose por la impropiedad del medio físico o las condiciones de vida. Los arios de la India han desenvuelto un arte diferente que sus hermanos griegos; estos últimos han hecho una cultura artística diversa, que los arios persas, germanos o eslavos. Veamos las causas: mientras los arios de la India bajando de las mesetas del Iram, han emigrado a un país muy distinto del que fue su cuna, los germanos han cambiado muy poco en condiciones de vida; por eso su civilización y su arte permanecerán en estado larvario por muchos miles de años, mientras a su lado los griegos y latinos alcanzan la cúspide del arte, y el Indostán envejece en cultura.

Al bajar por las gargantas del Himalaya, los arios se encuentran en un país exuberante, donde florece una raza adelantada: la de los turanios-dravídios que han fundado poderosos imperios. La gigantesca península indostánica ofrece a los conquistadores arios, el país más rico y variado de la tierra: las más altas moles del orbe recu-

biertas de nieves eternas, le sirven de barrera. Ante el Gaurisankar, el Karakorum, que recortan el cielo, el espíritu se eleva en una grandiosa emoción que se traducirá en magnas epopeyas, en templos grandiosos y en elevadísimas concepciones metafísicas. En la vertiente norte del Himalaya, la vegetación parece morir, el hombre se ahoga en esa altura, donde un silencio y tristeza de muerte encoge el espíritu del viajero; más al sur, alegres altiplanicies de clima dulce, aloja pueblos laboriosos donde se refugian los últimos restos de la civilización indígena: el Nepal conserva todavía el brillo de una pujante civilización. Los arios debieron impresionarse profundamente ante la variedad del paisaje: valles rientes, siempre verdes, que convidan a una vida plácida, les hacen comprender la belleza de la vida; mientras austera y solemne el macizo de montañas, les recuerda a cada paso que hay algo más grande sobre sus cabezas: abajo la llanura indo-gangetica, que desciende en una gradación tumultuosa y rica, le muestra una variedad de panoramas y de climas que se reflejará más tarde en la exhuberancia de su arquitectura: los montes Vindhya, los Nilgherri o Montañas Azules; dan variedad a la llanura y el espíritu se colora con sus diversos matices: el Indo, el Ganjes, el Nerbudda, fertilizan inmensos valles; rios sagrados bajan claros como lágrimas de la montaña, luego corren por los valles exuberantes, las selvas misteriosas pobladas de toda suerte de animales, por ciudades populosas, recogiendo en todas partes el anhelo universal. El sol abraza esas regiones y la naturaleza se desborda en una flora rica, en una fauna monstruosa, en una exhuberancia que arredra. Al sur de la península, rodeado por el azul océano indico, florece el Paraíso terrenal de la leyenda: Ceylán, la isla sagrada, con su pico de Adima que guarda la huella del primer hombre y en donde Rama venciera a los Rakshasas.

De este país sombrío y milenario, han salido como rios espirituales que se han difundido por la humanidad: la filosofía, la religión, el arte. El ario de costumbres patriarcales establecido hace millares de años en la península indostánica, debió sentir a su llegada, como un viento paradisiaco: los grandes bosques siempre verdes, el centenario elefante, infantil y risueño; debieron causar en ese pueblo primitivo un asombro incomparable. Si bien los turanio-dravídios habían desenvuelto antes de la llegada de los arios una cultura apreciable, eran inferiores a estos últimos en condiciones físicas y sociales; la gran masa de la población indígena, de una raza completamente

inferior, debió ser considerada por los arios como de otra especie animal, pues fueron colocados en una casta cuya condición era tal vez peor que la de las bestias; todavía en los Koles de hoy, hombres negros muy semejantes a los monos y que viven en el sur de la India, podemos ver ejemplares de las razas que entonces poblaban la mayor parte de la India. De ese desprecio a las razas autóctonas nació en el Ramayana, la leyenda de que un ejército de monos había auxiliado a Rama en su combate con Ravana, pues los consideraban de la misma especie que los simios. Todas estas causas y preocupaciones han influido poderosamente en el desarrollo del arte indio.

Es probable que los arios antes de su establecimiento en el Indostán, no habían desenvuelto un arte propio, y sólo cuando se detienen en la península, su espíritu artístico se despierta, su capacidad estética adquiere un desarrollo insólito, y produce monumentos de arte impecadero. Los vedas nos dan una idea de esa vida sencilla, patriarcal, eminentemente artística de los primeros arios: el bosque es su morada favorita, despiertales el canto de la selva; sus rebaños pacen lánguidamente, el sacrificio a la divinidad se realiza: el purohita—filósofo y poeta—entrega en una sencilla ofrenda de pan y leche, al principio universal, al fuego interno, Agni. La vida es para los arios un bien que hay que disfrutarlo y la religión es una emanación inefable, un cántico a la naturaleza, una glorificación de nosotros mismos: emanación del principio universal. La vida es fácil y sencilla para el ario primitivo, le sobra tiempo que lo emplea en gozar, en meditar; pero aquí la especulación filosófica, no actúa en el frío laboratorio de nuestro sabio moderno, austero y rígido, sino en la selva llena de encantos paradisiacos, donde a cada paso se presenta un nuevo motivo de belleza, un nuevo camino especulativo. Por eso la ciencia del ario está vestida de arte, de fantasía, y su fin principal es el conocimiento y fin de las cosas. Pueblo alguno, como el ario, ha llegado a más profundas investigaciones cosmogónicas, investigaciones que están vestidas de las galas del arte, pues se desenvuelven en una naturaleza exuberante; por eso la ciencia indostana es una trilogía maravillosa, como una pirámide que sintetiza la naturaleza, el himno védico que canta el purohita: la ciencia cósmica, la poesía y la música. Así se desenvuelve una literatura que tiene su expresión más alta en algunos himnos védicos, cuya profundidad filosófica y belleza lírica, no han sido superados en ningún tiem-

po; para leerlos hay que ponerse en una actitud espiritual muy cercana al nirvana. Copio a continuación uno de los himnos más bellos, el himno del Alma Suprema:

No existía ni el Ser ni el No Ser. No había ni atmósfera ni cielo por encima. ¿Qué es ésto que se mueve? ¿En qué sentido? ¿Bajo cuya guarda? ¿Existían aguas y el profundo abismo?

Ni muerte ni inmortalidad había entonces. El día no era una cosa aparte de la noche. Sólo respiraba el Uno, sin hábito extraño, de por sí, y ningún otro sino El existía.

Despertóse por vez primera en El, el deseo, y este fué el primer germen del espíritu. El vínculo del Ser descubriérselo en el No Ser los sabios, afanándose, llenos de inteligencia, en su corazón.

¿Quién sabe, quién puede decirnos, de donde procede la creación, y si los dioses no nacieron sino después de élla? ¿Quién sabe de donde procede la creación?

¿De donde procede esa creación, si fue creada o no lo fue? Tan sólo Aquel cuya mirada vela por élla desde el más alto cielo, tan sólo Ese lo sabe, ¿y aún Ese mismo lo sabrá?

He aquí, que una raza apta para el arte encuentra un medio adecuado para desarrollar sus facultades; desde entonces, el medio físico y los sucesos históricos, no irán sino abundando esa facultad artística que produce obras maestras.

Análoga suerte que a los arios de la India, toca a otra rama de la raza blanca: la canítica que se establece en el valle del Nilo; aquí como allá, encuentran un país maravilloso poblado por una raza primitiva y rudimentaria, de color negro; aquí como allá, se desenvuelve una cultura esencialmente teológica y artística. Mérida en su Historia del Arte Egipcio, nos pone de relieve el influjo que debió tener para el arte egipcio, la naturaleza del país; ese rico oasis en medio del desierto, "ese regalo del Nilo" con sus papiros, sus palmeras, sus lotos sagrados, su policroma y exuberante vegetación, que contrasta con la inmensa arena del desierto que reverbera bajo los implacables rayos de Osiris, con el paisaje seco, adusto y grandioso, luz y sombra, de las montañas líbicas y arábigas, que se perfilan como otras tantas esfinges misteriosas. Debió influir poderosamente en el alma del artista egipcio para todas sus concepciones. El Nilo brinda

todos los dones para la vida del egipcio, el que permanece casi inactivo en la época de la inundación, dejándole tiempo para otra clase de trabajos; aquí la naturaleza menos poética que en el Indostán, grandiosa y rígida, llena de misterios, se presta más bien para las altas especulaciones metafísicas, para las ciencias abstractas e intrincadas. En el Indostán, la pirámide de tres caras: poesía, filosofía, música, se juntan en un himno; en Egipto, la pirámide de las ideas abstractas, cosmogónicas, hacen del arte un medio expresivo de esas ideas. El arte es un símbolo de esa ciencia impenetrable de la que recién nos vamos dando cuenta; la Esfinge sonríe a través de los siglos, desafiando a descifrar su ciencia impenetrable. En Egipto, la ciencia se oculta de los ojos profanos en el alma de los sacerdotes, y el arte que debe ser un reflejo directo de la naturaleza, pasa primero por la interpretación de la ciencia cosmogónica; los artistas interpretan por el espíritu de los sacerdotes, y estos apenas le rebelan el misterio incognocido: "Osiris es un Dios negro", dicen al oído de los escribas, los sabios intérpretes de la naturaleza, y el artista traza símbolos extraños, construye misteriosas pirámides y esculpe monolitos que cantan a la salida del padre del Universo. En Egipto, el arte abruma con su magnitud; al contemplar las pirámides, se diría que una montaña de ideas pesa sobre nosotros; cada piedra es un símbolo, y el espíritu de las ideas parece surgir de la cúspide los grandiosos monumentos tumularios.

Egipto y la India son los países de donde han partido todas las civilizaciones; el arte ha florecido allí en una forma hierática, extrahumana, el espíritu del cosmos está allí como liberado, despojado de la miseria terrenal, por eso su forma externa se resiente con frecuencia; está como torturada, deformada; es a veces un cuerpo monstruoso para alojar a la divinidad; la complicada idea teológica tiene necesidad de un complicado organismo material, por eso los templos indostanos, son como una selva intrincada, que abruma y desconcierta con su grandiosidad. Faltaba al arte humanizarse, expresar la belleza corpórea, dignificar la carne, hacer la belleza por la belleza; esta misión cupole al pueblo más artista de la tierra: el griego; con él, todas las tradicionales fórmulas del arte hierático van a cambiarse, instaurando la interpretación libre de la naturaleza en su forma más perfecta.

Leonardo Visconti

Quito, 1926. — (Continuará)

LOS CAMINOS

POR el Sur, por el Norte y de Oriente a Occidente, por todas partes tejen su gran red los caminos para llevar por sobre la tierra indiferente al placer o al dolor los humanos destinos.

SON como largos brazos de pueblos fraternales que tendieran la mano por encima de montes conduciendo un mensaje de palabras cordiales cuando la paz aclara sus altos horizontes.

SON como palpitantes arterias dilatadas por torrentes de vidas que arrojan las ciudades y que invaden el orbe en turbias marejadas arrastrando los vicios de las muertas edades.

SON como cauces anchos de ríos caudalosos por donde fuera, loca, la codicia del hombre —con las manos crispadas, con los ojos ansiosos— tras del oro que finge una dicha sin nombre.

SON como gigantescas sierpes desenroscadas que se arrastran, lentas, por los campos dormidos y cuyas tenebrosas bocas emponzoñadas vomitaran de noche millares de bandidos.

SON las trágicas rutas por las cuales avanza, dilatadas las fauces sobre el débil y el fuerte, aquel monstruo macabro que surgió de la alianza de los apocalípticos jinetes de la muerte.

POR el Sur, por el Norte; de Poniente a Levante, por todas partes tienden su gran red los caminos llevando bajo el cielo impasible y radiante hacia el bien o hacia el mal los humanos destinos.

Guillermo Bustamante

MIS DOS IDOLOS

PAGINAS INTIMAS

Hubo un tiempo — que se esfuma y se aleja como golondrina en el aire—en que el mundo, para mí, estuvo encerrado en el estrecho círculo de la pasión por una mujer y del amor a un trabajo.

Tiempo de suave y grata somnolencia, con el despertar de una prosa o el arrullo de un beso.

Tiempo dividido entre dos hondos afectos; dedicado únicamente a dos cultos; puesto al servicio de dos señores; restringido a dos deberes; gastado en dos goces!

Tiempo que, por partes iguales, fué de Ella y perteneció a El.

ELLA: una muchacha metafísicamente dotada de una aleación de ternura y crueldad, de sencillez y malicia, de veleidad y constancia, de frialdad y ardiente sensualismo. Una muchacha encarnando todos los caracteres, todas las cualidades y todos los defectos que seducen o espantan en la mujer. Una muchacha enigmática, imposible de analizar y más aún de comprender.

EL: un trabajo diario de la voluntad, una actividad de la inteligencia, un continuo temblor de la fantasía; labor del espíritu patentizada en los abigarrados signos de la escritura; acción creadora de la mente aprisionándose en el denso materialismo del plomo. Concepción quimérica rozando y posándose muchas veces en las agudas aristas de la prosaica realidad. Trabajo del alma para poder alimentar el cuerpo!

Y ese tiempo tuvo, según a quien correspondía, dos nombres. Bellos y sonoros nombres, inspiradores de madrigales e idealismos; germinadores de dulces tristezas y alegrías; fuentes de diáfanos y arrobadoras emociones. Dos nombres, indisolublemente unidos, formando la personalidad de quien los llevaba profundamente impresos en las fibras del corazón. Nombres, celestialmente huma-

no, el uno; humanamente divino, el otro, y cuyos ecos despiertan las añoranzas dormidas en el nido de mis amores.

Nombre, el de ELLA, arrebatado a los alados mensajeros del Empireo.

Nombre, el de EL, compendio de todas las armonías de la Literatura.

Fué ese tiempo el de la vendimia de sensaciones en el florido vergel de mi corazón, y de pensamientos en el campo fecundo de mi espíritu. Cada uno de sus días dió un fruto nuevo, una flor exótica, que alimentó con su jugosa savia y embriagó con su delicado aroma los sentidos de mi alma, sensibilizándolos de tal modo que, luego, supieron percibir la esencia de las cosas por entre sus más groseras y ásperas formas.

Y así, poco a poco, tanto la pasión por ELLA como la veneración a EL, en obra artística y pulidora, fueron moldeando mi sér interior, perfilándolo con los rasgos enérgicos del estoicismo sonriente y con las líneas estéticas, bañadas de tenue melancolía, de la resignación serena y majestuosa. . . .

De la amalgama de dolores muy íntimos y arraigados, de desengaños escépticos y recelosos, de dudas destructoras y enervantes, hicieron surgir, animado de un soplo poderoso de vitalidad pujante, el espíritu batallador y rudo, pero también tranquilo y sensitivo, que siento revolverse dentro de mi débil envoltura física.

Los excesos de bondad inmensa, de ciega confianza, de quijotismo loco, de pródiga generosidad, excesos que crucificaron mi ilusión y abrevaron con hiel mi optimismo, se han fundido en el molde que, por el tiempo de estas remembranzas, presionó férreamente mi naturaleza psicológica. Y el "equilibrio moral" se ha hecho.

Porque, con amarguras lo tengo comprobado, la superabundancia de lo bueno sin la equitativa fuerza de lo malo, conducen no pocas veces, a los fatales desfallecimientos que producen los de-

sencantos. Y, en lugar de la acerada voluntad y de la firme decisión para seguir luchando hasta vencer, sobreviene la pesadumbre, miedosa de ser nuevamente blanco de los tiros del infortunio. Y cedemos, y caemos, y nos arrollan y destroran, sin piedad alguna para siquiera esa ingenua fe y devoción que, a los mismos que nos ultrajan, dedicáramos. Porque no suena en nosotros la voz de rebeldía; porque no sentimos el acicate del odio ni nos solivianta el deseo de venganza y represalia. Porque siendo buenos, muy buenos, evangélicamente presentamos la mejilla derecha luego que la izquierda ha sido tocada por ingrata mano!

Ese tiempo, absorbido por dos idolatrías, se aleja, y con él va llevando algo, mucho quizá, de lo que fué esencialmente mío. Y de él conservo, como herecía, un poco de lo que tan elegantemente pervirtió a Voltaire y otro poco de lo que hizo de Sancho el más cuerdo de los hombres.

Sin embargo, en ciertos momentos de insólita y sutil angustia, creo haber perdido con el cambio de la inconfundible fisonomía de mi primitiva personalidad.

Y siento remordimientos de conformarme con este mi flamante "equilibrio moral", merced al que he dejado de ser la roca aislada y siempre batida por el mar y me he confundido en la masa de olas ciegas, arrastradas por el solo vaivén de las mareas.

Ya que lo estético, lo equilibrado y clásico no siempre consiste, para el criterio de las "mayorías", en el auténtico reflejo, en la intuitiva concepción de la verdadera belleza, sino en el caprichoso "gusto" de las "minorías", consagradas "árbitros" más en gracia de un adulto ser vil que de su facultad para percibir la belleza.

Siento aún el influjo de ese tiempo ausente.

Influjo que se materializa en la nostalgia de aquellos amores en cuyo místico cantar corrió toda la gama musical, desde la nota alegre y loca, hasta el son quejumbroso y desesperado.

Siento todavía el predominio de mi pasión primogénita, pura y embriagadora como el hábito de las flores silvestres, hu-

milde como la violeta, inquieta y mansa como una corza.

Y en las noches brillantes y fastuosas en que el cielo derrocha luz y fina pedrería, surgen ante mí esos misteriosos espejismos del pasado: una azotea rainosa, primorosa y pasajeramente tapizada por la luna como para digno y señorial estrado de mis idilios y devaneos; unos ósculos, con todos los trémolos y vibraciones del amor febricitante y enajenado, amortiguándose lentamente en el divagar sonámbulo de los ojos y en el silencio de los labios, temerosos, unos y otros, de turbar el diálogo elocuente y fervoroso de las almas.

Siento aún el influjo de ese tiempo ausente.

Influjo que también se materializa en la nostalgia de aquel otro amor que usurpó todas mis facultades intelectuales.

Amor imperioso, exigente, sometiendo a su yugo toda mi inteligencia y conviviendo en mi espíritu y en mi corazón sólo con ese otro amor femenino, como en un real connubio de la fuerza del pensamiento que engendra y del vigor del alma que concibe.

Este amor sustrájomelo a los vértigos del placer, a las seducciones de destemplanzas degeneradoras de la fisiología normal, a los arrebatos histéricos propios del voluptuoso tropicalismo y de la sedentaria existencia, que lo mismo desgastan y atrofan las potencias físicas como las mentales. Y en su culto y servicio llegué hasta la maceración y martirio de mi cuerpo; hasta la abnegada renuncia de los innatos y orgullosos fueros de mi "yo". Nada de mí quedó exento de tributo a ese dios, divinizado por mí mismo y cuya olímpica dignidad y autoridad provenían solamente de la adoración que le ofrendaba.

Moralmente "estético y equilibrado" ya, según las pragmáticas del vulgo, mis dos ídolos aparecen a mi vista despojados de las regias vestiduras con que mi fanatismo les cubriera.

El ideal no estaba en ellos, estaba en mí y se los presté para hacerlos gratos y hermosos a mis propios ojos. Que de sí, sólo fueron carne ELLA, y lucro, EL.

BEN OMAR

Quito.—1926

La Agencia

de las exquisitas **Crema**s elaboradas por el Sr. Roberto Ponce se encuentra de venta en el Almacén de Cigarrillos, (Pasaje Royal).

UN LIBRO DE JOSE GABRIEL NAVARRO

Madrid, 5 de abril de 1926.

Señor don José Gabriel Navarro.

Quito.

Querido amigo:

CUANDO en agosto del año pasado se encontraba el "Manuel Arns" fondeado en las aguas que bajan adormecidas de la selva tropical, mi imaginación se escapaba a cada instante hacia la ciudad involudable — Quito —, y a pesar de las circunstancias penosísimas — la salud de mi mujer —, en que volvía a acercarme al Ecuador, mi pensamiento — el loco de la casa —, volaba a la capital de cielos castellanos; de portadas de piedra rozada y sobajada; de los hierros retorcidos y torturados en el yunque; de las mujeres que sólo una estética local, es decir, quiteña, podría definir bien y pintar mejor.

Las horas caniculares de Guayaquil se escurrian, pues, levemente ante ese panorama de recuerdos, todavía frescos.

Después de dos días de fondeadero en el río, seguimos a Panamá, donde hubimos de detenernos dos meses y, por fin — ¡era tiempo! — continuamos viaje a esta España que en cada hispano-americano culto evoca todo un enorme pasado — herencia común para los españoles peninsulares y su germinante proge-nie del Nuevo Mundo.

A poco de haber entregado al Rey mis Cartas Credenciales, en el majestuoso alcázar de los que fueron antaño los formidables soberanos de la Metrópoli, un buen día — muy bueno — el cartero madrileño, que aquí es un tipo alegre, simpático, augural, como si nunca trajera malas noticias, sino un paquete de cosas gratas bajo el brazo, me pasó un libro. Vi los sellos del Ecuador y esto bastó para que en pleno Madrid, calle de Montalbán 11, y entre una multitud de cuadros, tapices, varguños y antiguas lozas de Alcora y Talavera de la Reyna, empezara a esbozar de nuevo una acuarela quiteña, sin olvidar el "Panecillo", que parece, que yo creo en realidad es, un cerrito florentino; ni las torres franciscanas, ni la reja aquella del pretil a través de la cual se apoltronan bajo el cielo radiante las anchas cúpulas ignacianas.

¡Un libro de José Gabriel Navarro!

No lo había olvidado a usted. ¡Qué esperanza! — como diría S. E. el señor Olivera,

mostrando sus manos de obispo que cualquier día llega a Cardenal platense. No lo había olvidado. Palabra: es aquel señor alto, muy alto — un atado de nervios, como yo —, que solía comer con nosotros en *petit comité* y que, en vez de comer, hablaba como un enamorado — y lo es —, de las antiguallas quiteñas; de las telas de Miguel de Santiago; de Gorivar, de las tallas de Caspicara, aquel indio con manos de imaginero sevillano.

En cambio — pensaba yo, antes de recibir el libro tan deseado — Navarro, el erudito de la Academia Nacional de la Historia; el artista de las excursiones de arte con mi colega Olivera — el que se queda dormido cuando se van los amigos que lo quieren; — con Lolita Lasso, cuya cabeza rubia debía envolverse siempre en encajes isabelinos, y el periodista militante y machucador de *El Comercio*, me ha olvidado por completo. Pero no ha sido así y, a pesar de lo poco propenso que es mi temperamento, curtido y baqueteado por la vida a emocionarse, lei con afectuosa sensibilidad su dedicatoria, testimonio muy gentil de que usted realmente vió en aquel amigo de paso a un pobre ser errante que no olvidará

fácilmente ni esa ciudad singular en que todo es pasionalmente amable, ni la forma, exteriorización de la vieja hidalguía ancestral, en que se le trató. Políticamente, sostendré siempre que la amistad de mi país y el Ecuador es necesaria a la paz y al equilibrio del Continente; artísticamente a su vez, Quito es para mí una especie de Toledo hispano-americano, distancias guardadas,



Convento de San Francisco
la escalera principal del primer claustro

naturalmente, ya que no hay más una Toledo en España y en la Tierra.

Huelga decir que su libro—al cual voy a hacer poner intencionalmente una pasta bien castellana—ha revivido nuestras charlas y nuestros paseos con usted, con Veloz, con Pacífico Chiriboga, con el susodicho colega de los quevedos apuntalados a cada instante con manos de obispo chocolatero y con tantos otros que recordaré siempre porque el buen recuerdo es algo grato y noble que hace la ilusión de rejuvenecer, volviendo hacia los remansos sedantes de la vida.

Mirado desde Madrid, descubro en Quito nuevos motivos de interés. Desde luego, manifiesta mucha nobleza el hecho innegable de que España levantara en sus dominios más lejanos, casi inaccesibles entonces, monumentos que en la misma península gloriosa serían un orgullo. San Francisco, la Compañía, etc. No desarmonizarían en medio de cualquiera de las grandes acumulaciones del pasado, espiritual y arquitectónico, dejadas por los siglos en este solemne solar en que arraigan en el suelo pedregoso de Castilla todos o casi todos los árboles genealógicos de América.

El grueso de la producción artística española quedaba en la Península. Son, en efecto, muy raras en el Nuevo Mundo las telas de Morales, de Juan de Juanes, de Sánchez Coello, del Greco, de Velázquez, de Rivera, de Zurbarán, de Alonso Cano, de Murillo, de Goya, y no son menos escasas las telas de Juan de Juni, Gregorio Hernández, Cristóbal Velázquez, Montañez, José de Mora o Pedro de Mena. En cambio, se multiplicaban los templos, hoy espiritualizados por dos siglos de plegarias y oraciones; los templos y los campaniles en que yerbas y campanas parecen una vidua estilizada por nuestro buen amigo León. . . . Tras el adusto exterior barroco, los interiores ricos en penumbras de misterio y en maderas enchilladas o intensamente recubiertas de oro.

En toda América, y principalmente en Quito, el único arte de entonces—el religioso—crecía y prosperaba dominando imperiosamente el ambiente. Reproduciéndose, pues, en los sosegados dominios coloniales, de los cuales es Quito el arquetipo sud-americano, los mismos fenómenos de producción artística que por lógica inducción uno descubre aquí, en pleno solar materno, es decir en España; dominaba marcando el conjunto, el sentimiento religioso de esta raza arrogante y dominadora, que cuando botaba elegantemente la capa romántica, era para acariciar una mujer o para sacar con más desplante el espadón toledano.

Luego, el estado ideológico de allá, reflejo obligado del de acá, produce en el Nuevo Mundo artes semejantes. Superior éste, el de aquí; inferior aquél, el nuestro; pero hijos ambos de un mismo estado espiritual.

En efecto, en América se pintan muchísimas telas que en materia de imitación empiezan con los mismos primitivos para seguir con Morales, el divino, y llegar a Velázquez y Murillo, alternativa, desorientadamente imitados por Gorivar y Miguel de Santiago que iban del uno al otro sin saber con cual quedarse.

Y luego, completando el arte colonial o indo-español, los tallados en madera de las sillerías de coro; la plata fina en cuyos labrados repliegues va instalándose levemente el polvo saturado de simbólicas humaredas de altar.

Todo eso, como técnica interpretativa y como sentimiento ideológico, es hijo legítimo de España, de la cual viene y a la cual vuelve con aportes de historia estética tan importantes como el libro con que ahora llega usted a enriquecer los escasos y magros historiales artísticos de nuestros países.

Lo que sobre arte, sobre todo pictórico, pasa en Quito, o sea, lo que es lo mismo, en la escuela quiteña, se reproduce en toda la América española y así como ustedes tienen al interesantísimo Miguel de Santiago, en Bogotá, y perdido entre las evanescencias coloniales, vaga Vásquez, golpeando la puerta claveteada de los conventos franciscanos, dominicos o mercedarios. Va el pobre en demanda de algún pedazo de muro o del vano de algún retablo que llenar con las candidas figuras de su paleta enamoradamente murillesca.

Y aquí una anotación que fija, aunque sea de paso, una idea: algo destruyó la conquista de lo que en América encontró en materia de arquitectura, cerámica y telas teñidas con zumo de yerbas. Aportó, en cambio con opulencia sin regateos, todo el modo de ser intelectual y material de la España de los siglos XVI, XVII y XVIII. Sólo así se explica la persistencia de su huella que abunda en tierras de América, aferrándose a ellas.

Parece desprenderse de lo que usted dice, que "las artes locales y nacionales" podrían haber seguido subsistiendo simultáneamente al llegar al Nuevo Mundo una civilización—la europea—diametralmente diversa a la que antes de la Conquista había existido en América.

No creo eso. Pasó lo que tenía fatalmente que pasar porque cuando una civilización superior se ve momentáneamente

aplastada por otra inferior, aquélla no tarda mucho en surgir de nuevo, tímidamente al principio, avanzando poco a poco hasta dominar por fin.

No pasa lo mismo, y este es el caso de la América, cuando lo ahogado o suprimido es material y espiritualmente inferior a lo que llega imperativamente a abrogarlo y reemplazarlo.

Por lo demás, los aportes que a lo occidental pudo llevar lo prehistórico americano, no han desaparecido del todo. Existen si señor, en el terreno mismo, como en el Cuzco silencioso; como en Tihuanacu de soledades sin más voz que el viento clamante; como en México, en fin, donde el arte, sobre todo pictórico, está refundiendo originalmente en lo actual lejanas reminiscencias autóctonas.

No veo bien, en resumen, cómo del elementalismo de lo prehistórico americano, habría podido evolucionarse a la diferenciación o heterogeneidad, cada vez mayor, de una verdadera civilización.

Y aunque usted me acuse de pasarme de una cosa a otra,— lo que es tan frecuente en la vida y en todo—, permítame otra subrayación, hecha de prisa, es cierto; pero que cada vez será de una mayor actualidad intelectual. Me refiero esta vez a cosas de hoy y pienso que en lugar de echar de menos lo autóctono arquitectural, medio despedazado por los recios espadaños de Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia o Benalcázar, debemos salir de una vez del asfixiante *cabaret* cosmopolita en que suena la musiquilla de la repetición fonográfica. Es muy interesante lo que en este sentido novilísimo han hecho ya Carlos Pereyra, Blanco Fombona, Alcides Arguedas y varios más. Hay que seguir en ese camino que es el de la dignidad intelectual.

Nuestra enorme América, la cual, desaparecidas las diferencias de hoy, se irá vinculando más y más entre sí, está totalmente formada de reflejos: reflejos políticos, jurídicos, literarios, pictóricos, escultóricos, arquitectónicos..... La independizó un rebote de las guerras napoleónicas y empezó un siglo de imitaciones, desde las constituciones de acarreo o trasplante institucional, hasta el largo de las enaguas o el corte de los abanicos femeninos..... Declaro por mi parte, que en este sentido me interesa más un mo-



Templo de la Compañía, GORIVAR.—Cabeza del profeta Malaquias

nolito de Tihuanacu que la más diestra de las imitaciones de malabar.

Como reflejo directo de un ambiente propio, veo cada vez más grande el *Facundo*, de Sarmiento, argentino, las *Tradiciones*, de Ricardo Palma, peruano, o los *Recuerdos del Pasado*, de Pérez Rosales, chileno.

Yo quisiera que usted pudiera observar de cerca las sonrisas lacerantes o compasivas que en Europa caen sobre la copiosa bibliografía de la imitación latino-americana. Allá—*la bas*— decía Barrés al llegar a uno de los extremos territoriales en que termina Europa, no hay más que imitaciones de nuestro Viejo Mundo.

Para sentirse bien americano— americano continental—, hay que vivir en Europa. Sólo entonces se arroja la casaca caricatural de la imitación, por diestra que sea ésta, y se mira hondamente a lo propio. Por mi parte, lo he intentado y quise hacer— sin conseguirlo, seguramente,— un símbolo de aquella época, honda y dura—, la Colonia—, que se fué dejando tanta raigambre atávica, que cayó políticamente; pero conservando intacto mucho de lo que ahora empieza a renovarse sobre la base del pasado.

En ese libro se intenta, además, la sustitución del personaje individual por tipos más genéricos y que intentaron ser algo así como los antecesores sociales del país de hoy: el mayorazgo, la santa, la pobre, el capellán.

Sobre la insustituible base española de la Conquista y la Colonia, las infiltracio-



NOTAS IMPORTANTES

Hacemos presente nuestro agradecimiento al Supremo Gobierno que ha sabido apoyar nuestra desinteresada labor. Gracias a su benevolencia esperamos continuar en la labor emprendida, seguros de dar a conocer a los países de América una parte del estado cultural de los ecuatorianos.

También nos place consignar el reconocimiento que debemos al Sr. Dn. Luis Barba V., Sub-regente de los Talleres Tipográficos Nacionales, que nos atiende con el entusiasmo que desde hace mucho tiempo le señaló como sincero amigo de la juventud.

Rogamos, una vez más, a los escritores nacionales y extranjeros residentes en el país, el envío de su valiosa colaboración, que será, sin duda, un nuevo contingente para el prestigio de las letras americanas.

Las personas que reciben nuestra Revista se molestarán acusar la recepción. Tenemos la incertidumbre del extravío de algunos ejemplares antes de llegar a su destino.

Las publicaciones extranjeras y nacionales que reciben AMERICA se servirán remitirnos el canje correspondiente, para no vernos obligados a suspender nuestros envíos.

Dificultades de última hora nos han impedido la publicación de algunos fotogramas del artista Víctor Mideros, como también la fotografía de una damita de nuestra sociedad.

nes y fusiones sucesivas de la inmigración y los aportes heterogéneos de un siglo de acarreo a granel... ¿No hay en todo eso caracteres y peculiaridades aún no aprovechados?

Ustedes mismos que ya empiezan a transformar a Quito, espantando con lampazos de luz eléctrica las últimas penumbras coloniales ¿han hecho la obra de arte que refleje ese ambiente peculiarísimo en que las preocupaciones dominantes parecen ser, ante todo, las sentimentales, las políticas, las religiosas? Me dicen que sobre esa Quito, que el progreso y la urbanización moderna empiezan a borrar, hay algo de Gonzalo Zaldumbide, que desgraciadamente, no conozco. En cambio, usted acaba de darnos el Quito artístico de la Colonia.

Gracias por la obra y gracias por el envío, de nuevo ha llevado mi sensibilidad hacia la ciudad cuyo cielo solía diluarse

con las nubes enloquecidas del medio día, figuras fugaces de Talavera o de Alcora.

Recuerdo cada cosa, cada detalle, cada humilladero de piedra en cuyas gradas esparcían las rosas conventuales sus colores palpitantes y sensuales; cada Cristo adosado a dorado retablo plateresco; cada torre, blanca y rectangular, mostrando al aire sus campanas prendidas en lo alto del campanario como una nota musical trazada en el cielo amatista de la tarde; cada puerta claustral coronada por el místico "Ave María gratia plena".

Quito... No he de volver ¡pero cómo olvidar la gentileza con que ahí se nos trató!

Admirador y amigo de su país y de Ud.

E. Rodríguez Mendoza

(De "Repertorio Americano")

BIBLIOGRAFÍA

RECOGIMIENTO

Por Rogelio Sotela

Para "Amigos de Montalvo", honrándome yo, infinitamente, al poner mi libro bajo los auspicios de tan excelso nombre. Vaya en este libro mi homenaje exaltado para el aticista, para el patriota, para el gran hombre de América que "maló a un hombre con la pluma" y resucitó a Cervantes.—Junio de 1926.—Rogelio Sotela.—San José, C. Rica.

Pecca son los libros, seguramente, que interesan a los lectores del Continente. La abundante *carrulería poética* que arrojan diariamente las prensas nos tienen congestionados. Y así pasamos mucho tiempo empapados en la música monótona y melancólica—importada como mercancía barata de otro continente por escritores que desconocen los veneros prodigiosos de inspiración que tenemos en nuestro propio lar—hasta que nos llega un buen libro, como el de Sotela, y nos abre un nuevo horizonte y nos ofrece el calor que ha de tonificar la candidez de nuestra alma enferma.

Rogelio Sotela, un poeta de fibra, un idólogo moderno, un gran corazón, un maestro sincero; un distinguido hombre de América, pensó en lo que necesitaba la juventud, y guardando religiosamente su lira polifónica, ensayó las alas ligeras de su pensamiento por los dominios de la meditación y un buen día nos ofrece su valioso libro *Recogimiento*, como un fruto jugoso y saludable de la vida.

Recogimiento, que debe ser un buen compañero en las vigiliadas y cavilaciones, contiene el apunte necesario, el comentario sagaz y la reflexión filosófica de un hombre muy amplio y muy culto. Es una obra para la juventud que necesita ser noble y generosa.

Agradecemos el significativo presente de nuestro ilustre amigo, que por más de una vez ha honrado las páginas de nuestra Revista con sus admirables producciones.

EN EL TEMPLO DE LA NOCHE

por Gastón FIGUEIRA

En uno de los últimos correos recibimos la segunda edición de este hermoso libro cuyo autor es nuestro dilecto amigo y poeta Gastón Figueira. La edición es elegante, como todos sus libros. Sus páginas guardan la expresión vívida y honda de su espíritu lírico y selecto. Este brillante apoloniada es juzgado por altas mentalidades del moderno movimiento literario de América. Román Rolland dice de su obra: "Verdadero poeta y artista puro"; Juana de Ibarbourou: "Su obra es la de un verdadero poeta, dulce, emocionado y muy correcto en la forma"; Gabriela Mistral: "He recorrido sus libros con el respeto con que leo toda poesía en que hay sinceridad y emoción"; E. González Martínez: "Un noble poeta y un distinguidísimo temperamento de artista"; y J. L. Ferrer, de la Columbia University: "Los versos admirables de su *Templo de la Noche*, me parecen

de lo mejor que se haya escrito en la América Latina". Estos juicios le colocan en la vanguardia de la poesía uruguaya.

NUESTRA AMÉRICA

Acalamos de recibir esta interesantísima revista bonaerense que dirige el entusiasta cultor Don Enrique Stefanini. Los dos ejemplares corresponden a Julio y Agosto. En el primero leímos selectas composiciones en verso y prosa. El fragmento de un trabajo del ilustre catedrático del Cuzco, "Apuntes para una Doctrina Americana", del Dr. Victor J. Guevara, es de trascendental importancia para el Mundo Hispanoamericano. "El Arbol de la Noche Triste", que leímos en este mismo número, es una crónica sugestiva de nuestro ilustre compatriota y amigo César E. Arroyo. El segundo número, elegante y voluminoso, está dedicado a la República Oriental del Uruguay. Suscriben firmas muy conocidas en el gran concierto cultural de nuestra América.

PERFILES

Puntualmente recibimos—salvo los números que se confunden en el trayecto de Venezuela a nuestro país—esta simpática revista ilustrada de ciencias, letras y actualidades. Su director, Don Antonio Reyes, nos regala siempre composiciones selectas para solaz del espíritu y atención de las modernas corrientes científicas. La nota gráfica es oportuna y escogida.

SAVIA

Con interés leímos esta revista porteña dirigida hábilmente por Gerardo Gallegos y José Aspazú Valdez. La composición de José de la Cuadra que trae la última edición—Nº 17—es sugestiva. En ella ha vertido la fiebre y armonía juveniles de su corazón y su cerebro para ofrendar la rica flor de su sentimiento a la Madre España en el Día de la Raza. "Es mi tierra, tierra de volcanes. Bajo la Línea, que parte al Mundo como un cinturón, se extiende. Es mi país, país de fuego. Con ese fuego hemos hecho un corazón para quererte".... dice el poeta haciéndose eco del profundo afecto que tiene el Ecuador para la Península Ibérica. Leímos también poemas en verso y prosa de Djenana, impregnados de hondo sentimentalismo. Luego encontramos un artículo intitulado "La Vida Literaria", de Alonso Quijano, y notamos que sus concepciones sobre algunos escritores nacionales y extranjeros son muy ligeras, y como tales, presto a desaparecer ante la crítica madura y reposada.

UN FOLLETO

Las labores que no hace mucho realizaran con entusiasmo los socialistas ecuatorianos en esta Capital, han sido escritas y compiladas en un opusculo: *Labores de la Asamblea Socialista y Manifiesto del Consejo Central del Partido*.

OTRO FOLLETO

La Crisis de la Federación de Estudiantes y sus Proyecciones se intitula el folleto que se ha reproducido en Cuenca del universitario C. Emilio

Gaitanera, que labora tenazmente por la austeridad disciplinaria de los universitarios ecuatorianos. Su anhelo por el perfeccionamiento moral e intelectual de la juventud, le ha valido el merecido elogio de los doctores Remigio Crespo Toral y Honorato Vásquez, eximios poetas y escritores amazones.

REVISTAS DE LAS ESPAÑAS. N.º 2

La *Unión Ibero-Americana*, entidad en la que se congregan distinguidos escritores peninsulares, ha comenzado a publicar esta valiosa revista en vez de la que sostenía antes cuidadosa y tesoneramente.

Muy reconocidos y aplaudidos son los trabajos realizados por esta agrupación nobilísima. Su entusiasmo e interés por el acercamiento espiritual de los pueblos que hablan la lengua inmortal de España, nuestra madre, van siendo cada día halagadores y fructíferos. Y no dudamos que algún día—día supremo—esos nobles sentimientos sean para España y América su mejor victoria.—Entendemos que las contiendas del espíritu son las que traen la felicidad de los pueblos.—Ayer nos conquistó España con su poderío y grandeza, hoy es la América Española quien debe conquistarla con su gratitud, amor fraterno y con la vendimia de su savia creadora.

MARFELIN.

CULTURA—Ambato—N.º 7.—Septiembre de 1926

Este número de la hermosa revista ambateña, trae como siempre, un escogido material gráfico que hace entre los artículos de inteligente propaganda regional, como el que consagra a Ambato Tarquino Toro Navas, o "La Verdadera Historia del Escalpo en el Ecuador", interesantísimo trabajo de Nicolás G. Martínez. Se publica la fotografía de la triunfadora en el Concurso de Bellezas de "Cultura", señorita Rosa Mercedes Sevilla, cuya gracia ha sido laudada en un elegante soneto de Antonio Montalvo. Desde su Editorial hasta las oportunas "Notas Locales" responden al espíritu de una revista moderna.

EDUCACION—N.º 6.—Septiembre de 1926.

Su Editorial, escrito por Emilio Urcátegui, está inspirado en un profundo sentimiento de justicia y con razones concluyentes, aboga por mejorar la condición económica de los maestros sumamente desfavorable, ahora como ayer, y mira siempre con indiferencia, casi desechosa. No son menos interesantes los artículos de Carlos R. Sánchez que clama por la causa del niño y la sugestiva meditación sobre los exámenes, tema escolar que ocupa esta vez a la fecunda pluma de Alejandro Andrade Coello. Las reproducciones de "Educación" son de notable provecho no sólo para los maestros primarios, y todas sus páginas están llenas de modernas orientaciones educacionales.

AZUL.—N.º 2.—Cuenca de 1926

En páginas de crítica literaria de Ernesto López y Vicente Moreno Mora, se hace justicia a la emocionada labor lírica de Rafael Romero y Cordero, el inolvidable cantor de Maríncha. AZUL inserta hermosas poesías que por su claridad y sentimiento, gustarían siempre, como las de Hugo Alemán y los Moreno Mora. Su parte bibliográfica es nutrida e ilustrativa.

CLARIDAD—Nos. 3 y 4.—Septiembre de 1926. Director: Augusto del Pozo.

Este número de CLARIDAD ofrece sentido homenaje a la República de Chile y recordando la tradicional fraternidad de las repúblicas hermanas, publica escogidas selecciones de poetas chilenos y

ecuatorianos. Ricardo Alvarez, consagra líneas de justo elogio a Gabriela Mistral, poetisa chilena, en un corto y excelente estudio sobre sus actividades literarias y sociales.

REVISTA DE INSTRUCCION PRIMARIA— Ibarra—Septiembre de 1926.—Director: Luis U. de la Torre.

Merece un franco aplauso esta revista mensual, que publica la Dirección de Estudios de Ibarra. Todos los temas educacionales que se desarrollan en sus páginas deben llamar la atención de los que se preocupan de la marcha ideológica de la moderna pedagogía.

GASTÓN FIGUEIRA—Huyendo del Hastío.— París, 1924.

A la Sociedad "Amigos de Montalvo", con mi admiración y respeto hacia uno de los más proclaros genios del Ecuador y de América, en quien se concuerdan las más bellas cualidades de gracia y pensamiento de la raza hispánica, fecundizada en las vírgenes y ricas tierras de América.
—Gastón Figueira.—Montevideo, 25 de junio de 1926

Son versos musicales, románticos, como todos los que fluyen de la lira de este joven poeta uruguayo, cuya voz confidencial y amable, para *huir del hastío*, canta los motivos eternos del amor. En breve nos ocuparemos detenidamente de la numerosa producción poética de Figueira, a quien agradecemos el fino presente de sus libros.

A. A.

ECUADOR OF TODAY

Francisco Banda ha sumado con la publicación de este interesante folleto, un paso más en la labor de propaganda que en los Estados Unidos de Norte América, ha venido haciendo de nuestro país desde hacen ya varios años.

Al hablar del Ecuador actual, el inteligente fundador de la Asociación Panamericana de Estudiantes, se ha esforzado grandemente por hacernos conocer, más de cerca, a quienes en países sajones se interesan por lo que con el Ecuador se relaciona, tocando ya puntos de historia, trayendo reminiscencias coloniales, describiendo el nunca bien ponderado privilegio de nuestra naturaleza: sus riquezas explotadas y las inexploradas aún; las industrias que en la actualidad tiene el Ecuador, la intensidad de su comercio con las otras naciones del mundo, la exportación de sus productos agrícolas y mineros; y en fin, hablando del progreso cultural y material de las ciudades ecuatorianas, el estado sanitario de nuestro puerto principal; la benignidad de nuestro clima y la incomparable hermosura de nuestros paisajes, por todo lo que, en un futuro no muy lejano, tal vez, él cree que el Ecuador será "A Tourist's Paradise" que llamará la atención de los hombres del mundo, ya que él posee infinitas atracciones artísticas, comerciales y naturales.

Por demás encomiable y digna de la mejor alabanza es la labor no sólo cultural que el Dr. Banda viene realizando, sino también la que en todos los órdenes ha hecho ya, tendientes a que se conozca mejor y de manera eficiente nuestro país en la América del Norte, en donde, su prestigio de intelectual, y más aún de ecuatoriano que se interesa vivamente por el progreso y bienestar de su patria, se halla ya muy bien sentado.

A. M. V.

FOTOGRAFADO de Guerrero Hnos.

Este taller cuenta con elementos modernos y sus trabajos son esmeradamente terminados. La larga práctica de sus operarios profesionales garantiza sus trabajos.

Envíenos sus originales a nuestro taller, y Ud. quedará satisfecho de la rapidez y perfeccionamiento de nuestros clisés.

Nuestra tarifa no admite competencia.

GALLE LOS RÍOS, 178 (tras la plaza de la Alameda)

Dirección Postal: Benjamín J. Guerrero
QUITO—ECUADOR

SASTRERIA DE LEOPOLDO PAREDES

Visite Ud. este acreditado taller.—Largos años de práctica profesional le han colocado entre las primeras de la Capital.—Sus precios no admiten competencia.

Calle Guayaquil y Olmedo.

Casa N° 52



Francisco Alvarez Pérez

Cirujano-Dentista

OFRECE AL PUBLICO
SUS SERVICIOS
PROFESIONALES

Calle Venezuela Núm. 51

TELEFONO 6-1

LA BOTICA UNIVERSAL

está atendida personalmente por sus dueños que son farmacéuticos.

Es la más acreditada de la capital por que vende drogas puras, frescas y legítimas. Visítela Ud.

Se alla situada en la Carrera Guayaquil, Plaza del Teatro Sucre.

Casilla de Correos Núm. 13

TELEFONO 6-9-5

FABRICAS DE TEJIDOS
DE
JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

ARTICULOS DE ALGODON :

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines —
Cotin — Chamelote — Driles — Franelas — Hilos — Lien-
zos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pa-
ñolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela
afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela
para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros
artículos más.

TEJIDOS DE LANA :

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Fra-
nelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco.
— Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje,
etc. etc.

BOTONES DE TAGUA :

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. —
Tinturas firmes.

DEPOSITO :

ALMACÉN, CARRERA SUCRE Nº 9.

AGENCIAS :

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca,
Guayaquil y Manta.